



Florencio Sánchez

Barranca abajo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Florencio Sánchez

Barranca abajo

PERSONAJES:

DOÑA DOLORES, esposa de Don Zoilo.

DON ZOILO, estanciero criollo.

PRUDENCIA, su hija.

ROBUSTIANA, su hija.

RUDECINDA, hermana de Don Zoilo.

MARTINIANA, su vecina.

ANICETO, ahijado de Don Zoilo.

JUAN LUIS, el propietario.

CAPITÁN GUTIÉRREZ.

BATARÁ, peón.

SARGENTO MARTÍN.

La acción en la campaña de Entre Ríos.

Acto I

Representa la escena un patio de estancia; a la derecha y parte del foro, frente de una casa antigua, pero de buen aspecto; galería sostenida por medio de columnas. Gran parral que cubre todo el patio; a la izquierda un zaguán. Una mesa, cuatro sillas de paja, un brasero

con cuatro planchas, un sillón de hamaca, una vela, una tabla de planchar, una caja de fósforos, un banquito, varios papeles de estraza, para hacer parches, una azucarera y un mate.

Escena I

ROBUSTIANA, DOÑA DOLORES, RUDECINDA y PRUDENCIA.

(Aparecen en escena DOÑA DOLORES, sentada en el sillón, con la cabeza atada con un pañuelo; PRUDENCIA y RUDECINDA, planchando; ROBUSTIANA haciendo parchecitos con una vela.)

DOÑA DOLORES.- Poneme pronto, m'hija, esos parches.

ROBUSTIANA.- Peresé. En el aire no puedo hacerlo. (Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de la vela.) ¡Aquí verás!

RUDECINDA.- ¡Eso es! ¡Llename ahora la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima'el paño.

ROBUSTIANA.- ¡Jesús! ¡Por una manchita!

PRUDENCIA.- Una manchita que después, con la plancha caliente, ensucia toda la ropa... Ladiá esa vela...

ROBUSTIANA .- ¡Viva, pues, la patrona!

PRUDENCIA.- ¡Sacá esa porquería de ahí! (Da un manotón a la vela, que va a caer sobre la enagua que plancha RUDECINDA.)

RUDECINDA.- ¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la nagua!

PRUDENCIA.- (Displicente.) ¡Oh! ¡Fue sin querer!

ROBUSTIANA.- ¡Jua, jua, jua! (Recoge la vela y trata de reanudar su tarea.)

RUDECINDA.- ¡A la miseria! ¡Y tanto trabajo que me había dao plancharla! (Muy irritada.) ¡Odiosa!... ¡Te la había de refregar por el hocico!

PRUDENCIA.- ¡No hay cuidao!

RUDECINDA.- ¡No me diera Dios más trabajo!

PRUDENCIA.- (Alejándose.) Pues hija, estarías todo el día ocupada.

RUDECINDA.- ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Zafada! ¡Sinvergüenza! (Corre a PRUDENCIA.)

ROBUSTIANA.- (Al ver que no la alcanza.) ¡Jua, jua, jua!

RUDECINDA.- (Deteniéndose.) Y vos... gallina crespa, ¿de qué te reís?

ROBUSTIANA.- ¿Yo? ¡De las cosquillas!

RUDECINDA.- Pues tomá para que te riás todo el día. (Le refriega las enaguas por la cara.) ¡Atrevida!

ROBUSTIANA.- ¡Ah!... ¡Madre! ¡Bruja del diablo!... (Corre hacia la mesa y toma una plancha.) ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás cómo te plancho la trompa!

PRUDENCIA.- ¡Ya la tienes almidonada, che, Robusta!

RUDECINDA.- (A PRUDENCIA.) Y vos relamida, que te pintás con el papel de los festones para lucirle al rubio...

PRUDENCIA.- Peor es afeitarse la pera, che, como hacen algunas...

ROBUSTIANA.-

¡Jua, jua! (Cantando.)

Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas...
y las llevan a enterrar
al...

PRUDENCIA.- ¡Angelitos pal cielo!

DOÑA DOLORES.- Por favor, mujeres, por favor. ¡Se me parte la cabeza! Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida. Robustiana, preparame esos parchecitos... ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!

RUDECINDA .- Si te hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas... no pasaría esto.

ROBUSTIANA .- Potro, pero no pa tu doma.

DOÑA DOLORES.- ¡Hija mía, por favor!

ROBUSTIANA.- ¡Oh! ¡Que se calle ésa primero! ¡Es la que busca! (Vuelven a planchar. RUDECINDA, rezongando, limpia las manchas de sebo.) Ahí tiene su remedio, mama. ¡Prontito, que se enfría! (Colocándole los parches.) Aquí... ¿Ta caliente? Ahora otro, ¡ajajá!...

DOÑA DOLORES.- Gracias. Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto.

(RUDECINDA rezonga más fuerte.)

ROBUSTIANA.- (Aludiendo a RUDECINDA.) ¡Juera, pasá juera, canela!

(PRUDENCIA se pone a arreglar las planchas en el brasero.)

DOÑA DOLORES.- (A ROBUSTIANA.) Mirá, hijita mía. Si hay agua caliente, cebame un mate de hojas de naranjo. ¡Ay, mi Dios!

ROBUSTIANA .- Bueno. (Antes de hacer mutis.) ¡Rudecinda! ¿Querés vos un matecito de toronjil? ¡Es bueno pa la ausencia!

(Vase.)

RUDECINDA.- ¡Tomalo vos, bacaray! (A PRUDENCIA.) ¡Ladiá el cuero!... (Toma otra plancha y la refriega sobre una chancleta ensebada.) ¡Coloradas las planchas! ¡Uf! ¡Qué temeridad!...

(Pausa. PRUDENCIA plancha tarareando; RUDECINDA trabaja por enfriar la plancha y DOÑA DOLORES suspira quejumbrosa.)

Escena II

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA y DON ZOILO.

(DON ZOILO aparece por la puerta del foro. Se levanta de la siesta. Avanza lentamente y se sienta en un banquito. Pasado un momento, saca el cuchillo de la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo.)

DOÑA DOLORES.- (Suspirando.) ¡Ay, Jesús, María y José!

RUDECINDA.- Mala cara trae el tiempo. Parece que viene tormenta del lao de la sierra.

PRUDENCIA.- Che, Rudecinda, ¿se hizo la luna ya?

RUDECINDA.- El almanaque la anuncia pa hoy. Tal vez se haga con agua.

PRUDENCIA.- Con tal de que no llueva mucho.

DOÑA DOLORES .- ¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay, Dios! Traeme de una vez ese matecito.

(DON ZOILO se levanta y va a sentarse a otro banquito.)

RUDECINDA.- (Ahuecando la voz.) «¡Güenas tardes!»... dijo el muchacho cuando vino...

PRUDENCIA.- Y lo pior jue que nadie le respondió. ¡Linda cosa!

RUDECINDA.- Che Zoilo, ¿me encargaste el generito pal viso de mi vestido? (DON ZOILO no responde.) ¡Zoilo!... ¡Eh!... ¡Zoilo!... ¿Tas sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa?

(DON ZOILO se aleja y hace mutis lentamente por la derecha.)

Escena III

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y PRUDENCIA.

RUDECINDA.- No te hagás el desentendido, ¿eh? (A PRUDENCIA.) Capaz de no haberlo pedido. Pero amalaya que no suceda, porque se las he de cantar bien claro... Si se ha creído que debo aguantar sus lunas, está muy equivocao... muy equivocao...

DOÑA DOLORES.- En el papelito que mandó a la pulpería no iba apuntao.

PRUDENCIA.- Yo lo puse...

DOÑA DOLORES.- Pero él me lo hizo sacar.

RUDECINDA .- ¿Qué?

DOÑA DOLORES.- Dice que bonitas estamos para andar con lujos... ¡Ay, mi Dios!

RUDECINDA .- ¿Ah, sí? Dejalo que venga y yo le via preguntar quién paga mis lujos... ¡Caramba! ¡Le han entrao las economías con lo ajeno!

Escena IV

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA y MARTINIANA.

MARTINIANA.- (Saliendo.) ¡Bien lo decía yo!... De juro que mi comadre Rudecinda está con la palabra. ¡Güenas tardes les dé Dios!

RUDECINDA.- (Con cierto alborozo.) ¿Cómo le va?

PRUDENCIA .- ¡Hola, ña Martiniana!

MARTINIANA .- ¿Cómo está, comadre? ¿Cómo te va, Prudencia? ¡Ay, Virgen Santa! Misia Dolores siempre con sus achaques. ¡Qué tormento, mujer!... ¿Qué se ha puesto? ¿Parches de yerba? ¡Pchss!... ¡Cusí, cusí! Usté no se va a curar hasta que no tome la ñopatía. Lo he visto a mi compadre Juan Avería hacer milagros... Tiene tan güena mano pa darla... Y ¿qué tal, muchachas? ¿Qué se cuenta'e nuevo? Me via sentar por mi cuenta, ya que no me convidan.

RUDECINDA .- ¿Y mi ahijada?

MARTINIANA.- ¡Güena, a Dios gracias! La dejé apaleando una ropita del capitán Butiérrez, porque me mandó hoy temprano al sargento a decirme que no me juera a olvidar de tenerle, cuando menos, una camisa pronta pal sábado, que está de baile.

RUDECINDA.- ¿Dónde?

PRUDENCIA.- Será muy lejos, pues nosotras no sabemos nada.

MARTINIANA .- Háganse no más las mosquitas muertas. ¡No van a saber! El sargento me dijo que la junción sería acá.

PRUDENCIA.- Como no bailemos con las sillas...

RUDECINDA.- ¡Quién sabe! Tal vez piensen darnos alguna serenata. El comisario es buen cantor.

MARTINIANA .- ¡Sí, algo de eso he oído!

DOÑA DOLORES .- ¡Ay, mi Dios! ¡Como pa serenatas estamos!

MARTINIANA .- Lo que es a don Zoilo no le va a gustar mucho. Así le decía yo al sargento.

RUDECINDA.- ¡Oh! Si fuésemos a hacerle caso, viviríamos peor que en un convento.

MARTINIANA .- Parece medio maniático; aurita, cuando iba dentrando, me topé con él y ni las güenas tardes me quiso dar... No es por conversar, pero dicen por ahí que está medio ido de la cabeza. También, hijitas, a cualquiera le doy esa lotería. ¡Miren que quedarse de la mañana a la noche con una mano atrás y otra adelante, como quien dice, perder el campo en que ha trabajado toda la vida y la hacienda y todo! Porque de juramento entre jueces y procuradores le han comido vaquitas y majadas. ¡Y gracias que dio con un hombre tan güeno como don Juan Luis! Otro ya les hubiera intimidado el desalojo, como se dice. ¡Qué persona tan cumplida y de güenos sentimientos! ¡Oh! ¡No te pongas colorada, Prudencia! No lo hago por alabártelo... Che, decime: ¿tenés noticia de Aniceto? Dicen que está poblando en el Sarandí pa casarse con vos. ¿Se jugará esa carrera? ¡Hum!... «Lo dudo» dijo un pardo y se quedó serio... ¡Ah! ¡Eso sí! Como honrao y trabajador no tiene reparo. Mas ¿qué querés? Se me hace que no harían güena yunta. ¿Es cierto que don Zoilo se empeña tanto en casarlos, che?

PRUDENCIA.- Diga. ¿Me trajo aquella plantita de resedá?

MARTINIANA .- ¿Querrás creer que se me iba olvidando? Sí y no. El resedá se me quedó en casa; pero te traigo unas semillitas de una planta pueblera muy linda.

PRUDENCIA.- (Novelera y acercándose.) ¡A verlas, a verlas!

MARTINIANA.- (Sacando un sobre del seno.) Están ahí adentro de ese papel.

PRUDENCIA .- (Ocultando la carta.) ¿Se pueden sembrar ahora?

MARTINIANA .- Cuando vos querás; en todo tiempo.

PRUDENCIA.- Pues ya mismo voy a plantarlas. (Va hacia el jardincito de la derecha y abre la carta.)

MARTINIANA.- Pues sí, señor, comadre. Dicen que anda la virgüela. ¿Será cierto?

RUDECINDA.- (Que ha seguido con interés los movimientos de PRUDENCIA.) Parece... Se habla mucho. (Deja la plancha y se aproxima a PRUDENCIA.)

MARTINIANA.- (Aparte.) Como calandria al sebo. (Volviéndose a DOÑA DOLORES.) ¡Caramba, caramba con doña Dolores! (Aproximándose con el banco.) Le sigue doliendo nomás...

RUDECINDA.- (Apartada, con PRUDENCIA.) ¿Qué te dice don Juan Luis, che? Leé pa las dos.

PRUDENCIA.- Puede venir el viejo.

RUDECINDA.- A ver. Leé no más.

PRUDENCIA.- (Leyendo con dificultad.) «Chinita mía.»

RUDECINDA.- ¡Si será zafao el rubio!...

PRUDENCIA.- «Chinita mía. Recibí tu adorable cartita y con ella una de las más tiernas satisfacciones de nuestro naciente idilio. Si me convenzo de que me amas de veras»... ¡Sinvergüenza, no está convencido todavía! ¿Qué más quiere? ¡Goloso!

RUDECINDA.- No seas pava. No dice semejante cosa. Hay un punto en la letra sí. «Sí», punto... «me convenzo de que me amas de veras y...»

PRUDENCIA.- ¡Ah, bueno! (Lee.) «... que me amas de veras y espero recibir constantes y mejores pruebas de tu cariño. Tengo una sola cosa que reprocharte. Lo esquivas que estuviste conmigo la otra tarde...»

RUDECINDA .- ¿Ves? ¿Qué te dije?

PRUDENCIA .- Yo no tuve la culpa. ¡Sentí ruido y creí que venía mamá!

RUDECINDA.- ¡Zonza! ¡Pa lo que cuesta dar un beso! Seguí leyendo.

PRUDENCIA .- ¡Si no fuera más que uno! (Leyendo.) «La última tarde...» ¡Ay! Creo que llega tata.

RUDECINDA.- No; viene lejos. Fíjate prontito, a ver si dice algo pa mí.

PRUDENCIA.- Esperate... «Dile a Rudecinda que esta tarde o mañana iré con el capitán Butiérrez a reconciliarlo con don Zoilo.»

MARTINIANA.- (Como dando una señal.) Muchachas, ¿sembraron ya las semillas?

PRUDENCIA.- (Ocultando la carta.) Acabamos de hacerlo.

Escena V

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA, MARTINIANA y DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Con una maleta de lona en la mano, que deja caer a los pies de DOÑA DOLORES.) Ahí tienen los encargos de la pulpería.

MARTINIANA.- (Zalamera.) Güenas tardes, don Zoilo. Hace un rato no me quiso saludar, ¿eh?

DON ZOILO .- ¿Qué andás haciendo por acá? ¡Nada güeno, de juro!

MARTINIANA.- Ya lo ve, pasiando un poquito.

DON ZOILO .- Ahí se iba tu yegua campo ajuera, pisando las riendas.

MARTINIANA .- (Mirando al campo.) Y mesmo. Mañerasa la tubiana. (Yéndose, a gritos.) ¡Che, Nicolás!; vos que tenés güenas piernas, atajamelá, ¿querés?

Escena VI

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA y DON ZOILO.

RUDECINDA.- (Que ha estado revisando la maleta, a DON ZOILO, que se aleja.) ¡Che, Zoilo! ¡Eh! (Deteniéndolo.) ¿Y mis encargos?

DON ZOILO.- No sé.

RUDECINDA.- ¿Cómo que no sabés? Yo te he pedido (Recalcando.) por mi cuenta, pagarlo con mi platita, dos o tres cosas y un corte de vestido pa Prudencia, la pobre, que no tiene qué ponerse. ¿Ande está eso?

DON ZOILO .- Tará ahí...

(PRUDENCIA recoge la maleta y se va por la izquierda.)

Escena VII

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y DON ZOILO.

RUDECINDA.- ¡Por favor, che! Mirá que voy a creer lo que andan diciendo. Que tenés gente en el altillo.

DON ZOILO.- Así será.

RUDECINDA.- Bueno. Dame entonces la plata; yo haré las compras.

DON ZOILO .- No tengo plata.

RUDECINDA.- ¿Y el dinero de los novillos que me vendiste el otro día?

DON ZOILO.- Lo gasté.

RUDECINDA.- Mentira. Lo que hay es que vos pensás rebuscarte con lo mío, después de haber tirado en pleitos y enredos la fortuna de tus hijos. Eso es lo que hay.

DON ZOILO.- Güeno; ladiate de aí o te sacudo un guantón.

(Mutis.)

Escena VIII

DOÑA DOLORES y RUDECINDA.

RUDECINDA.- ¡Vas a pegar, desgraciao! (Volviéndose.) ¿Has visto, Dolores? Ese hombre está loco o está borracho...

DOÑA DOLORES .- (Suspirando.) ¡Qué cosas, Virgen Santa!

RUDECINDA.- (Tirando violentamente las ropas de planchar.) ¡Oh!... Lo que es conmigo, va a embromar poco... O me entrega a buenas mi parte, o...

Escena IX

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA.- (Saliendo.) Ahí tiene su mate, mama... ¡Pucha que hay gente desalmada en este mundo! Parece mentira. Es no tener ni pizca...

RUDECINDA .- ¿Qué estás rezongando vos?

ROBUSTIANA.- Lo que se me antoja. ¿Por qué le has dicho esas cosas a tata?

RUDECINDA .- Porque las merece.

ROBUSTIANA.- ¿Qué ha de merecerlas el pobre viejo? ¡Desalmadas! ¡Y parece que les estorba y quieren matarlo a disgustos!

RUDECINDA .- ¡Callate la boca, hipócrita! Buena jesuita sos vos... Tisicono del diablo...

ROBUSTIANA.- Vale más ser eso que unas perversas y unas... desorejadas como ustedes...

RUDECINDA.- (Airada, levantando una plancha.) A ver, repetí lo que has dicho, insolente.

DOÑA DOLORES.- ¡Hijas, por misericordia, no metan tanto ruido! ¿No ven cómo estoy?

ROBUSTIANA.- (Burlona.) ¡Ah, Dios mío! ¡Doña Jeremías! ¡Usted también es otra como ésas! Con el pretexto de su jaqueca y sus dolamas, no se ocupa de nada y deja que todo en esta casa ande como anda. ¡Qué demontres! Vaya a acostarse si no quiere oír lo que no le conviene.

(RUDECINDA y DOÑA DOLORES cambian gestos de asombro.)

DOÑA DOLORES.- (Levantándose.) ¡Mocosa, insolente! ¿Ésa es la manera de tratar a su madre? Te via a enseñar a respetarme.

ROBUSTIANA.- Con su ejemplo no voy a aprender mucho, no hay cuidao...

DOÑA DOLORES.- ¡Madre Santa! ¿La han oído ustedes?

Escena X

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, ROBUSTIANA y PRUDENCIA.

PRUDENCIA.- (Que ha oído el final de la escena.) ¡Déjela, mama! ¡La ha picado el alacrán!

ROBUSTIANA.- Callate vos, pandereta.

DOÑA DOLORES.- ¡Qué la via dejar! Vení pa ca... Decí... ¿qué malos ejemplos te ha dao tu madre?

ROBUSTIANA .- No sé... no sé...

PRUDENCIA .- Mirenlá. Retratada de cuerpo presente. ¡Tira la piedra y esconde la mano!

DOÑA DOLORES.- ¡No la ha de esconder! (Tomándola por un brazo.) ¡Habla, pues, largá el veneno!

(La zamarrea. RUDECINDA y PRUDENCIA la rodean.)

ROBUSTIANA.- ¡Déjeme!

RUDECINDA.- Ahora se te van a descubrir las hipocresías, tísica.

PRUDENCIA .- Las vas a pagar todas juntas, lengua larga.

ROBUSTIANA .- ¡Jesús! ¡Se ha juntao la partida! Pero no les via tener miedo. ¿Quieren que hable? Bueno... ¿Saben qué más? Que las tres son unas... (DOÑA DOLORES le tapa la boca de una bofetada.) ¡Ay... perra vida!... (Enfurecida alza la mano e intenta arrojarle sobre DOÑA DOLORES.)

RUDECINDA.- (Horrorizada.) ¡Muchacha! ¡A tu madre!

ROBUSTIANA.- (Se detiene sorprendida, pero reacciona rápidamente.) ¡A ella y a todas ustedes!

(Se precipita sobre un banco y lo alza con ademán de arrojarlo. Las tres mujeres retroceden asustadas.)

Escena XI

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, ROBUSTIANA, PRUDENCIA y DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Apareciendo.) ¡Hija! ¿Qué es esto?

ROBUSTIANA.- (Deja caer el banco y se le echa en los brazos sollozando desesperadamente.) ¡Ay, tata! ¡Mi tatita! ¡Mi tatita!

DON ZOILO .- ¡Cálmese! ¡Cálmese! ¿Qué le han hecho, hija? ¡Pobrecita! ¡Vamos! Tranquilícese, que le va a venir la tos. Sí... ya sé que usted tiene razón. Yo, yo la voy a defender.

DOÑA DOLORES.- (Dejándose caer en su sillón.) ¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! ¡Se me parte esta cabeza!

(RUDECINDA y PRUDENCIA hacen que continúan planchando.)

DON ZOILO .- (Entre iracundo y conmovido.) ¡Parece mentira! ¡Tamañas mujeres! Bueno, basta, hijita. (ROBUSTIANA tose.) ¿No ve? ¿Ya le entra la tos? ¡Cálmese, pues!

ROBUSTIANA.- (Sollozante.) Sí, tata; ya me pasa.

DON ZOILO.- ¿Quiere un poco de agua? A ver ustedes, cuartudas, si se comiden atraer agua pa esta criaturita.

(RUDECINDA va a buscar el agua.)

ROBUSTIANA.- Me pe... garon... porque... les dije... la ver... la verdad... ¡Son unas sinvergüenzas! (Tose.)

DON ZOILO.- Demasiado lo veo. ¡Parece mentira! ¡Canejo! ¡Se han propuesto matarnos a disgustos!

PRUDENCIA.- ¡Fíjese, mama, en el jueguito de esa jesuita!

RUDECINDA .- (Volviendo con un jarro de agua que deja bruscamente.) ¡Ahí tiene agua! Hasta pa augarse.

DON ZOILO .- Tome unos traguitos... ¡Así! ¿Se siente mejor? Trate de sujetar la tos, pues... (Sonriente.) ¡Qué diablos!... Tírele de la riendita. ¿Quiere recostarse un poquito? Venga a su cama.

ROBUSTIANA.- (Mimosa.) ¡No!... Muchas gracias. (Lo besa.) Muchas gracias. Estoy bien; y, además, quiero quedarme aquí porque... ¡quién sabe qué enredos van a meterle ésas!

RUDECINDA.- Mirenlá a la muy zorra. Tenés miedo de que sepa la verdad, ¿no?

DON ZOILO.- ¡Cállese usté la boca!

RUDECINDA .- ¡Oh!... ¿Y por qué me he de callar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaría más! La madre la ha cachetiao, y bien cachetiada, porque le faltó al respeto...

DOÑA DOLORES.- ¡Ay, Dios mío!

PRUDENCIA.- ¡Claro que sí! ¡Cuando menos, ella tendrá corona!

RUDECINDA.- ¡Y le levantó la mano a Dolores!

DON ZOILO .- ¡Güeno, güeno, güeno! ¡Que no empiece el cotorreo! Ustedes, desde un tiempo a esta parte, me han agarrao a la gurisa pal piquete, sin respetar que está enferma y por algo ha de ser... (Enérgico.) ¡Y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito! ¿Han oído?, ¡ahora mesmito!... (A DOÑA DOLORES.) A ver vos, doña quejidos; vos que sos aquí la madre y la dueña e casa, ¿qué enriedo es éste?

DOÑA DOLORES.- ¡Virgen de los Desamparados, como pa historias estoy yo con esta cabeza!

DON ZOILO.- ¡Canejo! Se la corta si no le sirve pa cumplir con sus obligaciones... (A RUDECINDA.) Y vos, vamos a ver, aclárame pronto el asunto; no has de tener jaqueca también. Respondé...

RUDECINDA.- (Chocante.) ¡Caramba, no sabía yo que te hubiesen nombrao juez!

DON ZOILO.- No. (Mostrando el talero.) A quien nombraron jue a ño rebenque. Así es que no seás comadre y respondé como la gente. Ya se te ha pasao la edá de las macacadas.

RUDECINDA.- Te voy a contestar cuando me digás qué has hecho de mis intereses.

DON ZOILO .- (Airado.) ¿Eh? (Conteniéndose.) ¡Hum!... Ta güeno. Esperate un poco, que te voy a dar lindas noticias. (Hosco, retorciendo el rebenque.) Conque... conque, ¿nadie quiere hablar? (A ROBUSTIANA.) Vamos a ver, hijita. Usted ha de ser güena.

Cuéntele a su tata todas las cosas que tiene que contarle. Reposadita y sin apurarse mucho, que se fatiga...

ROBUSTIANA.- No, tata; no tengo nada que decirle.

DON ZOILO .- ¿Cómo es eso?

ROBUSTIANA .- Digo...no. Es que... lo único... es eso... que... Lo único... es eso... que no me tratan bien.

DON ZOILO.- Por algo ha de ser entonces. Vamos... empiece.

ROBUSTIANA .- Porque no me quieren, será.

DON ZOILO .- (Grave.) Bueno, hijita. Hable de una vez; no me vaya a disgustar usted también.

ROBUSTIANA.- Es que... si lo digo se disgusta más.

DON ZOILO .- Ya caíste, matrera. Ahora no tendrás más remedio que largar el lazo... y tire sin miedo que no lo via mañeriar a la argolla. ¡Está bien sogueao el güey viejo!

DOÑA DOLORES.- ¡Ay, hijas! ¡No puedo más! Voy a echarme en la cama un ratito. (Se alza.)

DON ZOILO.- ¡No, no, no, no! ¡De aquí no se mueve nadie! A la primera que quiera dirse, le rompo las canillas de un mangazo. Empiece el cuento.

ROBUSTIANA.- No, no... tata... Usté se va a enojar mucho.

DON ZOILO.- ¡Más de lo que estoy! Y ya me ves; tan mansito. Encomience. Vamos. (Recalcando.) Había una vez unas mujeres...

ROBUSTIANA.- Bueno; lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a usted, y que las cosas no son lo que parece... (Alzándose.) Y entré por un caminito y salí por otro...

DON ZOILO.- ¡No me juyás!... Adelante, adelante... Sentate. Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé. Vamos a lo otro.

ROBUSTIANA.- Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia... Pues... de todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

DON ZOILO .- ¡Claro que no!

ROBUSTIANA.- Y como no hemos de vivir toda la vida de prestao, cuanto más antes mejor!; ¡menos vergüenza!

DON ZOILO.- Es natural, pero no comprendo a que viene eso...

ROBUSTIANA.- ¡Viene a que si usted supiera por qué don Juan Luis nos ha dejao seguir viviendo en la estancia después de ganar el pleito, ya se habría mandao mudar!

RUDECINDA.- ¡Ave María! ¡Qué escándalo de mujer intrigante!... ¡Zoilo!... ¡Pero Zoilo! ¿Tenés valor de dejarte enredar por una mocosa?

DON ZOILO .- Siga, m'hija... siga no más. Esto se va poniendo bonito.

RUDECINDA.- ¡Ah, no! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras no, ¿me entendés? ¡Faltaba otra cosa! ¡Mándese mudar de aquí, tísica, lengua larga! ¡Ya!... (A DON ZOILO.) No, no me mirés con esos ojos, que no te tengo miedo. A ver ustedes, qué hacen; vos, Dolores... Prudencia. Parece que tuvieran cola e paja... Muévanse. Vengan a arrancarle el colmillo a esta víbora, pues. (A ROBUSTIANA.) Contestá, ladiada. ¿Qué tenés que decir de malo de don Juan Luis?

DOÑA DOLORES.- ¡Ay, mi Dios!

DON ZOILO.- Siga, m'hija, y no se asuste, porque aquí está don talero con ganas de comer cola.

ROBUSTIANA.- Sí, tata. ¡Vergüenza da decirlo!... ¡Cuando usted se va para el pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido!

DON ZOILO .- Me lo maliciaba.

ROBUSTIANA .- ¡Con don Juan Luis, el comisario Butiérrez y una runfla más!

DON ZOILO.- ¡Ah! ¡Ah! Adelante.

ROBUSTIANA.- Y lo peor es que... es que... Prudencia... (Llora.) No, no digo más...

(PRUDENCIA se aleja disimuladamente y desaparece por la izquierda.)

DON ZOILO .- ¡Vamos, pues, no llore! Hable. ¿Prudencia, qué?...

ROBUSTIANA.- Prudencia... al pobre... al pobre Aniceto, tan bueno y que tan... to que la quiere... le juega sucio con don Juan Luis.

DON ZOILO.- ¡Ah! Eso es lo que quería saber bien. Ahora sí, ahora sí; no cuente más, m'hija; no se fatigue. Venga a su cuarto; así descansa... (La conduce hacia el foro; al pasar junto a DOÑA DOLORES levanta el talero, como para aplastarla.) ¡No te via pegar! ¡No te asustés, infeliz!

Escena XII

DOÑA DOLORES y RUDECINDA.

RUDECINDA.- (Permanece un instante cavilosa y con aire despectivo.) Bueno, ¿y qué? (Viendo llorar a DOÑA DOLORES.) No te aflijás, hija. Ya lo hemos de enderezar a Zoilo. ¡Mocosa, lengua larga! ¡Quién hubiera creído!

Escena XIII

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, DON ZOILO y BATARÁ.

DON ZOILO .- (Saliendo.) ¡Arrastradas! ¡Arrastradas! Merecían que las deslomara a palos... Arrastradas... (Llamando.) ¡Batará! ¡Batará! (Paseándose.) ¡Ovejas! ¡Peores entoavía! ¡Las ovejas siquiera no hacen daño a naide!... ¡Batará!

BATARÁ.- (Saliendo.) Mande, señor.

DON ZOILO.- ¿Qué caballo hay en la sogá?

BATARÁ .- ¡El doradillo tuerto, señor!

DON ZOILO.- ¿Aguantará un buen galope?

BATARÁ .- ¡Ya lo creo, señor!

DON ZOILO.- Bien. Vas a ensillar lo en seguida y le bajás la mano hasta el Sarandí. ¿Sabés ande está poblando Aniceto?

BATARÁ .- Sí, señor.

DON ZOILO.- Llegás y le decís que se venga con vos, porque tengo que hablarle... ¡Ah!... Al salir te arrimás a lo de mi compadre Luna a decirle en mi nombre que necesito la carreta con güeyes pa mañana; que me haga el favor de mandármela de madrugada.

BATARÁ .- Ta bien, señor.

DON ZOILO.- Entonces, volá.

(Mutis BATARÁ.)

Escena XIV

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Después de pasarse un momento, a DOÑA DOLORES.) Y usté, señora, tiene que mejorarse en seguidita de la cabeza; ¿me oye? ¡En seguidital

DOÑA DOLORES .- ¡Ay, Jesús, María y José! ¡Sí, estoy un poco más aliviada ya! ¡Me han hecho bien los parchecitos!

DON ZOILO.- ¡Pues se alivia del todo y se va rápido a arreglar con ésas las cacharpas más necesarias pal viaje; mañana al aclarar nos vamos de aquí!

RUDECINDA.- ¿Y ande nos vamos?

DON ZOILO .- ¡Ande a usté no se le importa! ¡Canejo! ¡Ya, muévanse!... (Continúa paseándose.)

DOÑA DOLORES.- (Yéndose.) Virgen de los Desamparados, ¡qué va a ser de nosotros!

Escena XV

RUDECINDA y DON ZOILO.

RUDECINDA.- Decime, Zoilo. ¿Te has enloquecido endeveras? ¿Ande nos llevás?

DON ZOILO .- ¡Al medio del campo! ¡Qué sé yo! ¡No me va a faltar una tapera vieja ande meterlas!

RUDECINDA.- ¡Ah! ¡Yo no me voy, ¡Soy libre!

DON ZOILO .- Quedate si querés.

RUDECINDA.- Pero primero me vas a entregar lo que me pertenece; mi parte de la herencia...

DON ZOILO .- Pediselá a tu amigo el diablo, que se la llevó con todo lo mío.

RUDECINDA .- (Espantada.) ¿Cómo?

DON ZOILO.- Llevándosela!

RUDECINDA.- ¡Ah! ¡Madre! ¡Ya lo maliciaba! ¿Conque me has fundido también? ¿Conque me has tirado mis pesitos? ¿Conque me quedo en la calle? ¡Ah!... ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! La...

DON ZOILO .- (Imponente.) ¡Phss! ¡Cuidado con la boca!

RUDECINDA .- ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

DON ZOILO.- ¡Rudecinda!

RUDECINDA .- ¡No te tengo miedo! Te lo via decir mil y cincuenta veces... ¡Canalla!
¡Cuatrero! ¡Cuatrero!

DON ZOILO.- (Hace un ademán de ira, pero se detiene.) ¡Pero hermana! ¡Hermana!...
¿Es posible?

RUDECINDA.- (Echándose a llorar.) Madre de mi alma, que me han dejado en la calle...
me han dejado en la calle... Mi hermano me ha robao...

(Se va por el foro llorando a gritos. DON ZOILO abrumado, hace mutis lentamente por la
primera puerta de la izquierda.)

Escena XVI

PRUDENCIA y JUAN LUIS.

(Después de una breve pausa, aparece PRUDENCIA. Mira cautelosamente en todas
direcciones, y no viendo a nadie corre hacia la derecha, deteniéndose sorprendida junto al
portón, donde topa con JUAN LUIS.)

PRUDENCIA.- (Ademán de huir.) ¡Ah!

JUAN LUIS .- Buenas tardes. ¡No se vaya! (Tendiéndole la mano.) ¿Cómo está?

PRUDENCIA.- (Muy avergonzada.) ¡Ay, Jesús!... ¡Cómo me encuentra!...

JUAN LUIS .- (Reteniendo la mano, después de cerciorarse de que están solos.)
¡Encantadora te encuentro, monísima, mi vidita!

PRUDENCIA.- (Apartándose.) ¡No... no!... Déjeme... Váyase... ¡Tata está ahí!

JUAN LUIS .- (Goloso, avanzando.) ¡Y qué tiene! ¡Dormirá! ¡Vení, prenda!

PRUDENCIA .- (Compungida.) No... váyase, sabe todo. Está furioso.

JUAN LUIS.- ¡Oh! Ya lo amansaremos. ¿Recibiste mi carta?

PRUDENCIA .- Sí. (Después de mirar a todos lados, con fingido enojo.) Usté es un atrevido y un zafao, ¿sabe?

JUAN LUIS .- ¿Aceptás? ¿Sí? ¿Irás a casa de Martiniana?

PRUDENCIA .- Este... Jesús, siento ruido. (Huyendo hacia el foro.) ¡Tata! ¡Lo buscan!

(Mutis por segunda izquierda.)

JUAN LUIS.- ¡Arisca la china! (Se pasea.)

Escena XVII

DON ZOILO y JUAN LUIS.

DON ZOILO .- (Saliendo.) ¿Quién me busca? ¡Ah!

JUAN LUIS .- (Confianzudo.) ¿Qué tal, viejo amigo? ¿Cómo le va? ¿Está bueno? Le habré interrumpido la siesta, ¿no?

DON ZOILO .- Bien, gracias; tome asiento.

(Pronto aparecen en cada una de las puertas PRUDENCIA, RUDECINDA y DOÑA DOLORES; curiosean inquietas un instante y se van.)

JUAN LUIS .- No; traigo un amigo y no sé si usted tendrá gusto en recibirlo.

DON ZOILO .- No ha de ser muy chúcaro cuando no le han ladrao los perros.

JUAN LUIS.- Es una buena persona.

DON ZOILO .- Ya caigo. El capitán Butiérrez, ¿no? (Se rasca la cabeza con rabia.) ¡Ta güeno!...

JUAN LUIS .- Y me he propuesto que se den un abrazo. Dos buenos criollos como ustedes no pueden vivir así, enojados. De parte de Butiérrez, ni qué hablar...

DON ZOILO.- (Muy irónico.) ¡Claro! ¡Ni qué hablar! Mande no más, amigazo. ¡Usted es muy dueño! Vaya y dígalé a ese buen mozo que se apee... Yo voy a sujetar los perros.

JUAN LUIS .- (A voces desde la verja.) ¡Acérquese no más, comisario! Ya está pactado el armisticio.

(Va a su encuentro.)

Escena XVIII

DON ZOILO, JUAN LUIS y GUTIÉRREZ.

JUAN LUIS.- (Aparatoso; empujando a GUTIÉRREZ.) Ahí lo tiene al amigo don Zoilo, olvidado por completo de las antiguas diferencias... (Hierático.) Pax vobis.

GUTIÉRREZ .- (Extendiendo los brazos.) ¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va, Zoilo?

DON ZOILO.- (Empacado ofreciéndole la mano.) Güen día...

GUTIÉRREZ .- (Cortado.) ¿Tu familia, buena?

(Pausa.)

DON ZOILO.- Tomen asiento.

JUAN LUIS.- Eso es... (Ocupando el sillón.) ¡Siéntese por acá, comisario! (Señala una silla.) Tiempo lindo, ¿verdad? Don Zoilo, ¿usté no se sienta? Arrime un banco, pues...

(DON ZOILO se sienta.) Las muchachas estarán de tarea seguramente. Hemos venido a interrumpirlas... Seguro que han ido a arreglarse. Dígales que por nosotros no se preocupen. ¡Pueden salir así no más, que siempre están bien!

(Pausa embarazosa.)

GUTIÉRREZ.- (Por decir algo.) ¡Qué embromar! ¡Qué embromar con las cosas!

JUAN LUIS .- ¿Con qué cosas?

GUTIÉRREZ .- Ninguna. Decía por decir, no más. Es costumbre.

Escena XIX

DON ZOILO, JUAN LUIS, GUTIÉRREZ y RUDECINDA.

RUDECINDA.- (Un tanto transformada y hablando con relativa exageración.) ¡Ay!... ¡Cuánto bueno tenemos por acá!... ¿Cómo está, Butiérrez? ¿Qué milagro es éste, don Juan Luis? Vean en qué figura me agarran.

JUAN LUIS.- Usted siempre está buena moza.

RUDECINDA.- ¡Ave María! No se burle.

GUTIÉRREZ.- (Ofreciéndole su silla.) Tome asiento.

RUDECINDA .- ¡No faltaba más! Usted está bien; no, no, no. Ya me van a traer. (A voces.) ¡Robusta, sacá unas sillas! ¿Y qué tal? ¿Qué buena noticia nos traen? ¿Qué se cuenta por ahí? Ya me han dicho que usted, Butiérrez...

DON ZOILO .- ¡Rudecinda! Vaya a ver qué quiere Dolores.

RUDECINDA.- No; no ha llamado.

DON ZOILO .- (Alzándose.) ¡Va... ya a ver... qué... quiere... Dolores!

RUDECINDA .- (Vacilante.) Este... (Después de mirar a DON ZOILO.) Con permiso.

(Vase.)

Escena XX

DON ZOILO, JUAN LUIS y GUTIÉRREZ.

JUAN LUIS .- ¡Qué muchacha de buen genio esta Rudecinda! ¡Siempre alegre y conversadora... ¿Y no tenemos un matecito, viejo Zoilo? Lo encuentro medio serio. Seguro que no ha dormido siesta. Mi padre es así; cuando no sestea, anda que parece alunao.

GUTIÉRREZ.- (Cambiando de postura.) ¡Qué embromar con las cosas!

Escena XXI

DON ZOILO, JUAN LUIS, GUTIÉRREZ y PRUDENCIA.

PRUDENCIA.- (Con mucha cortedad.) ¡Buenas tardes!

JUAN LUIS .- (Yendo a su encuentro.) ¡Viva!... ¡Salió el sol! ¡Señorita!

PRUDENCIA.- Bien, ¿y usted?

GUTIÉRREZ.- ¡Señorita Prudencia! ¡Qué moza!

PRUDENCIA.- Bien, ¿y usted? Tomen asiento. Estén con comodidad.

JUAN LUIS .- Gracias; siempre tan interesante, Prudencita. Linda raza, amigo don Zoilo.

DON ZOILO.- Che, Prudencia. Andá, que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA.- ¿A mí? ¡No he oído!

DON ZOILO.- He dicho que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA.- (Atemorizada, yéndose.) ¡Voy! Con licencia.

(Vase.)

Escena XXII

DON ZOILO, JUAN LUIS y GUTIÉRREZ.

JUAN LUIS .- Pues yo no he oído.

DON ZOILO.- (Alterado.) ¡Pero yo sí, canejo! ¿Me entiende?

JUAN LUIS.- Bueno, viejo. Tendrá razón; no es para tanto.

GUTIÉRREZ .- ¡Hom!... Qué embromar... Qué embromar con las cosas...

DON ZOILO.- Ta bien. Dispense. (Aproximando su banco a JUAN LUIS.) Diga...
¿Tendría mucho que hacer aura?

JUAN LUIS .- ¿Yo?

DON ZOILO.- El mismo.

JUAN LUIS.- ¡No! Pero no me explico...

DON ZOILO .- Tenía que decirle dos palabritas.

JUAN LUIS .- A sus órdenes, viejo. Ya sabe que siempre...

GUTIÉRREZ .- (Alzándose.) Andate pa tu casa, Pedro, que paece que t'echan.

DON ZOILO.- Quedate no más. Siempre es güeno que la autoridad oiga también algunas cosas... Este, pues, como le iba diciendo. Usté sabe que esta casa y este campo fueron míos; que los heredé de mi padre, y que habían sido de mis agüelos... ¿no? Que todas las vaquitas y ovejitas existentes en el campo, el pan de mis hijos, las crié yo a juerza de trabajo y de sudores, ¿no es eso? Bien saben todos que, con mi familia, jue creciendo mi haber, a pesar de que la mala suerte, como la sombra al árbol, siempre me acompañó.

JUAN LUIS.- No sé a qué viene eso, francamente.

DON ZOILO.- Un día... déjeme hablar. Un día se les antojó a ustedes que el campo no era mío, sino de ustedes; me metieron ese pleito de reivindicación; yo me defendí; las cosas se enredaron como herencia de brasilero, y cuando quise acordar amanecí sin campo, ni vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos.

JUAN LUIS .- Pero usted bien sabe que la razón estaba de nuestra parte.

DON ZOILO.- Taría cuando los jueces lo dijeron, pero yo después no supe hacer saber otras razones que yo tenía.

JUAN LUIS .- Usted se defendió muy bien, sin embargo.

DON ZOILO.- (Alzándose terrible.) No, no me defendí bien; no supe cumplir con mi deber. ¿Sabe lo que debí hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los letrados; juntarlos a todos ustedes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas, ¡pa escarmiento de bandoleros y saltadores! ¡Eso debí hacer! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

JUAN LUIS .- (Confuso.) ¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

GUTIÉRREZ .- (Interviniendo.) ¡Hombre, Zoilo! ¡Calmate! ¡Respetá un poco, que estoy yo acá!

DON ZOILO.- (Serenándose.) ¡Toy calmao! ¡Ladiate de ahí!... ¡Eso debí hacer! ¡Eso! (Sentándose.) No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí, y por consideración a los míos. Sin embargo...

JUAN LUIS .- Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud. Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bastante generosidad? ¡Lo hemos dejado seguir viviendo en la estancia! Nos disponemos a ocuparlo bien para que pueda acabar tranquilamente sus días.

DON ZOILO.- (Irguiéndose.) ¡Cállese la boca, mocoso!... ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

JUAN LUIS .- (Poniéndose de pie.) ¡Señor!...

DON ZOILO .- ¡Linda generosidad! Pa quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han dejado aquí... ¡Saltadores! ¡Parece mentira que haiga cristianos tan desalmaos!... ¡No les basta dejar en la mitad del campo al pobre paisano viejo, a que se gane la vida cuando ya ni fuerzas tiene, sino que todavía pensaban servirse de él y su familia para desaguachar cuanta mala costumbre han aprendido! ¡Ya podés ir tocando de aquí, bandido! Mañana esta casa será tuya... ¡Pero lo que aura hay adentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡Juera de aquí!

JUAN LUIS .- ¡Pero, señor!

DON ZOILO.- (Agarrando el talero.) ¡Juera he dicho!

JUAN LUIS.- Está bien...

(Se va lentamente.)

DON ZOILO.- (A GUTIÉRREZ, que intenta seguirlo.) Y en cuanto a vos, entrá si querés a sacar tu prenda. ¡Pasá no más, no tengás miedo!

GUTIÉRREZ .- Yo...

DON ZOILO.- ¡Ah!... ¡No querés! Bueno, tocá también. Y cuidadito con ponérteme por delante otra vez (GUTIÉRREZ mutis.) ¡Herejes! ¡Saltadores! ¡Saltadores! (Los sigue un momento con la vista, balbuceando frases incomprensibles. Después recorre con una mirada las cosas que le rodean, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón.) ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué le habré hecho a la suerte pa que me trate así!... ¡Qué, qué le habré hecho! (Deja caer la cabeza sobre las rodillas.)

Acto II

Representa la escena, a gran foro, telón de campo; a la izquierda un rancho con puerta y ventana practicables. Sobre el mojinete del rancho, un nido de horneros. A la derecha rompimiento de árboles. Un carrito con un barril de los que se usan para transporte de agua. Un banco largo debajo del alero del rancho, un banquito y un jarro de lata. Es de día.

Escena I

ROBUSTIANA y PRUDENCIA.

(Aparecen en escena ROBUSTIANA pisando maíz en un mortero y PRUDENCIA cosiendo un vestido.)

ROBUSTIANA.- ¡Che, Prudencia! ¿Querés seguir pisando esta mazamorra? Me canso mucho. Yo haría otra cosa cualquiera.

PRUDENCIA.- Pisala vos con toda tu alma. Tengo que acabar esta pollera.

ROBUSTIANA.- ¡Que sos mala! Llamala a mama entonces o a Rudecinda.

PRUDENCIA.- (Volviéndose, a voces.) Mama... Rudecinda. Vengan a servir a la señorita de la casa y tráiganle un trono para que esté a gusto.

Escena II

ROBUSTIANA, PRUDENCIA, DOÑA DOLORES y RUDECINDA.

DOÑA DOLORES.- (Saliendo.) ¿Qué hay?

PRUDENCIA .- Que la princesa de Chimango no puede pisar maíz.

DOÑA DOLORES.- ¿Y qué podés hacer entonces? Bien sabés que no hemos venido acá pa estarnos de brazos cruzados.

ROBUSTIANA.- Sí, señora, lo sé muy bien; pero tampoco via permitir que me tengan de piona.

RUDECINDA .- (Asomándose a una ventana.) ¿Ya está la marquesa buscando cuestiones? Cuando no...

ROBUSTIANA .- Callate vos, comadreja.

RUDECINDA.- Andá, correveidile; buscá camorra no más pa después dirle a contar a tu tata que te estamos martirizando.

ROBUSTIANA.- (Dejando la tarea.) ¡Por Dios!... ¿Quieren hacerme el favor de decirme cuándo, cuándo me dejarán en paz? ¿Yo qué les hago pa que me traten así? Bien buena que soy; no me meto con ustedes y trabajo como una burra, sin quejarme nunca a pesar de que estoy bien enferma. ¡Y ahora porque les pido que me ayuden un poco, me echan la perrada como a novillo chúcaro!

RUDECINDA.- (Que ha salido un momento antes con el pelo suelto, peinándose.) ¡Jesús, la víctima! Si no hubiera sido por tus enredos, no te verías en estos trances.

ROBUSTIANA .- Por favor.

RUDECINDA.- (Remedando.) ¡Por favor! ¡Véanle el aire de romántica!... Cómo se conoce que anda enamorada; no te pongás colorada. ¿Te creés que no sabemos que andas atrás de Aniceto?

ROBUSTIANA .- Bueno, por Dios. No hablemos más. Haré lo que ustedes quieran. Trabajaré hasta que reviente. (Continúa pisando maíz.) De todos modos no les voy a dar mucho trabajo, no; pronto no más. (Aparte, casi llorosa.) ¡Si no fuera por el pobre tata, que me quiere tanto!

PRUDENCIA .- (A RUDECINDA.) ¿Te parece que será bastante el ancho? Le puse cuatro paños.

DOÑA DOLORES .- ¡Ave María! ¡Qué anchura!

RUDECINDA.- ¡No, señora... con el fruncido! ¡A ver! ¡A ver! Esperate; tengo las manos sucias de aceite.

PRUDENCIA .- ¿Y si la midiéramos con la tuya lila? ¿Ande la tenés?

RUDECINDA .- A los pies de mi cama. Vení.

(Hacen mutis.)

DOÑA DOLORES.- Ahora van a ver cómo sobra. Ese tartán es muy ancho.

(Mutis.)

Escena III

ROBUSTIANA y DON ZOILO.

ROBUSTIANA.- (Angustiada.) ¡No quieren a nadie! ¡Pobre tatita!

(Apoyada en el mortero llora un instante. Óyense rumores de la izquierda. ROBUSTIANA alza la cabeza, se enjuga rápidamente las lágrimas y continúa la tarea, canturreando un aire alegre. DON ZOILO avanza por la izquierda a caballo, con un balde en la mano, arrastrando un barril de agua. Desmonta, desata el caballo y lo lleva fuera, al volver acomoda la rastra.)

DON ZOILO.- ¡Buen día, m'hija!

ROBUSTIANA.- Día... ¡bendición, tatita!

DON ZOILO .- ¡Dios la haga una santa! ¿Pasó mala noche, eh? ¿Por qué se ha levantao hoy?

ROBUSTIANA.- No; dormí bien.

DON ZOILO .- Te sentí toser toda la noche.

ROBUSTIANA.- Dormida sería.

DON ZOILO.- Traiga, yo acabo.

ROBUSTIANA .- ¡No, deje! ¡Si me gusta!

DON ZOILO .- Pero le hace mal. Salga.

ROBUSTIANA .- Bueno. Entonces yo voy a ordeñar, ¿eh?

DON ZOILO.- ¿Cómo? ¿No han sacao la leche entoavía?

ROBUSTIANA .- No señor, porque...

DON ZOILO .- ¿Y qué hacen ésas? ¿A qué hora se levantaron?

ROBUSTIANA.- Muy temprano...

DON ZOILO.- (Llamando.) ¡Dolores! ¡Rudecinda!

ROBUSTIANA.- Deje... Yo fui, que...

Escena IV

ROBUSTIANA, DON ZOILO y RUDECINDA.

RUDECINDA.- (Saliendo.) ¡Jesús! ¿Qué te duele?

DON ZOILO .- ¿No han podido salir entoavía de la madriguera? ¿Por qué no ordeñan de una vez?

RUDECINDA.- ¡Qué apuro! Ya fue Dolores. (Intencionada.) Te vino con el parte alguna tijereta, ¿no? ¿Cuánto le pagás por viaje?

(Hace una mueca de desprecio a ROBUSTIANA, da un coletazo y desaparece. Pausa.)

Escena V

ROBUSTIANA, DON ZOILO y BATARÁ.

(BATARÁ aparece silbando, saca un jarro de agua del barril y bebe.)

BATARÁ .- ¡Ta fría! (A ROBUSTIANA.) ¡Día! ¡Sión! ¡Madrina! Aquí le traigo pa usted.
(Le ofrece una yunta de perdices.)

DON ZOILO .- ¿Y Aniceto?

BATARÁ.- Ái viene; se apartó a bombiar el torito hosco que parece medio tristón.

DON ZOILO.- ¿Encontraron algo?

BATARÁ .- Sí, señor. Cueríamos tres con la ternera rosilla que murió ayer.

ROBUSTIANA.- ¡Ave María Purísima! ¡Qué temeridad!

BATARÁ.- Y por el cañadón grande encontramos un güey echado, y a la lechera chorriada muy seria.

DON ZOILO.- ¿Les dieron güelta la pisada?

BATARÁ.- Sí, señor. Pero pa mí que ese remedio no las cura. ¡Pucha! ¡Pídemia bruta! Se empieza a poner serio el animal, desganao; camina un poco, s'echa y al rato no más queda tieso con una guampa clavada en el suelo. Debe ser algún pasto malo.

ROBUSTIANA.- ¡Qué tristeza! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Que tras de que tenemos tan poco, se nos mueran los animales! ¡Y con el invierno encima!

DON ZOILO.- ¡No hay que afligirse, m'hija! ¡No hay mal que dure cien años! ¡Aistá Aniceto!

Escena VI

ROBUSTIANA, DON ZOILO, BATARÁ y ANICETO.

ANICETO.- (Entra en escena.) Tres... y dos por morir. (A ROBUSTIANA.) Buenos días... (A DON ZOILO.) ¡Hay que mandar la rastra pa juntar los cueros! (Sentándose en cualquier parte.) Dicen que don Juan Luis tiene un remedio bueno allá en la estancia.

DON ZOILO.- Sí, una vacuna... Pero eso debe ser para animales finos.

BATARÁ.- ¡Güena vacuna! Cuando vino el ingeniero ése para probar el remedio, se murió medio rodeo de mestizas en la estancia grande; ¡bah!... Ese franchute no más ha de haber sido el que trujo la epidemia.

ANICETO.- Grano malo no es.

DON ZOILO.- Últimamente, sea lo que sea... que se muera todo de una vez. Si fuera mío el campo, ya le habría prendido fuego. ¡Ensillame el overo!

(BATARÁ mutis.)

Escena VII

RUDECINDA, ROBUSTIANA, DON ZOILO y ANICETO.

RUDECINDA.- (Saliendo.) ¡Che, princesa! Podés ir a tender la cama, si te parece. ¿O esperás que las sirvientas lo hagan? Pronto es mediodía, y todo está sucio.

ROBUSTIANA.- No rezongués. Ya voy...

(Vase.)

Escena VIII

RUDECINDA, DON ZOILO y ANICETO.

RUDECINDA.- ¡Movete, pues! (A ANICETO.) Buen día. ¿No han carniado?

DON ZOILO.- No sé qué... ¡Si no te carniamos a vos!

RUDECINDA.- ¡Tas muy chusco! ¡No hablo con vos!

ANICETO.- No hay nada, doña. Anduve mirando si encontraba alguna ternera en buenas carnes y...

RUDECINDA.- Pues yo he visto muchas...

ANICETO.- Ajenas serían...

DON ZOILO.- No perdás tiempo, hijo, en escuchar zonceras.

RUDECINDA .- ¡Zonceras! ¿Y qué comemos entonces? ¿Querés seguir manteniéndonos a pura mazamorra? Charque no hay más.

DON ZOILO.- Pero hay mucho rulo, y mucha moña, y mucha comadrería.

RUDECINDA.- Mejor.

DON ZOILO.- (Con rabia.) ¡Entonces no se queje, canejo!

RUDECINDA .- ¡Avisá si también pensás matarnos de hambre!

DON ZOILO.- Si tenés tanta, pegá un volido pal campo. ¡Carnizas no te han de faltar!... Podrás hartarte con tus amigos los caranchos. Che, Aniceto. Via dir hasta el boliche a buscar un emplasto poroso pa Robusta, que la pobre está muy mal de la tos... Reparame un poco esto, y si se alborotan mucho las cotorras, meniales chumbo no más.

(Vase lentamente por izquierda.)

RUDECINDA.- Eso es; para esa guacha tísica todos los cuidaos; los demás, que revienten. Andá no más... Andá no mas, que poco te va a durar el contento. (A ANICETO.) ¿Y a usted lo han dejao de cuidador? Bonito papel, ¿no? ¡Jua!... ¡Jua!... El maizal con espantajo.

(Mutis.)

Escena IX

ANICETO y luego ROBUSTIANA.

ANICETO.- ¡Pcha que son piores! (Se pone a lavarse las manos junto al barril, echándose agua con el jarro.)

ROBUSTIANA.- (Saliendo.) ¡Esperesé! ¡Yo le ayudo!

ANICETO.- No, dejá. Ya va a estar, hija.

ROBUSTIANA.- (Tomando el jarro y volcándole agua en las manos.) ¡Hija! ¡La facha para padre de familia! ¿Quiere jabón?

ANICETO .- ¡Gracias, ya está! (Intenta secarse con el poncho.)

ROBUSTIANA.- ¡Ave María! No haga eso, no sea... (Va corriendo adentro y vuelve con una toalla.) Ahí tiene. (Fatigada.) ¡Jesús! No puedo correr... Parece que me ahogo.

ANICETO.- ¡Vea! Por meterte acomedida.

ROBUSTIANA.- Ya pasó. (Burlona.) ¡Retemé no más, tatita! ¡No digo! Si tiene andar de padre de familia.

ANICETO .- ¡Oh!... Te ha dado fuerte con eso.

ROBUSTIANA.- ¡Claro! ¡Si me trata con una seriedad...!

ANICETO.- ¿Yo?

ROBUSTIANA.- ¡Siempre que me habla pone una cara! (Remedando.) Así fea. (Ahuecando la voz.) «¡Gracias, m'hija! ¡Hacé esto, m'hija! ¡Buen día, m'hija! «O si no, se pone bueno y mansito como tata y me trata de usted. « ¡Hijita, el rocío puede hacerle mal! Hija, alcánceme eso, ¿quiere?» ¡Ja, ja, ja! Cualquiera día, equivocada, le pido la bendición.

ANICETO .- ¡Vean las cosas que se le ocurren! Es mi manera así.

ROBUSTIANA.- ¿Y cómo con otras no lo hace?

ANICETO .- ¡Ah! Porque, porque...

ROBUSTIANA.- ¡Dígalo, pues! ¿A que no se anima?

ANICETO.- Porque, bueno... y si vamos a ver: ¿por qué vos me tratás de usted y con tanto respeto?

ROBUSTIANA.- (Confundida.) ¿Yo? ¿Yo? Este... ¡miren qué gracia! Porque... ¿Quiere que le cebe mate?

ANICETO .- ¡No, señor! ¡Respondé primero!

ROBUSTIANA.- Pues porque... antes, como yo era chica y uste... tamaño hombre, me parecía feo tratarlo de vos.

ANICETO.- ¿Y ahora?

ROBUSTIANA .- (Ruborizada.) Ahora... Ahora porque... porque me da vergüenza.

ANICETO .- (Extrañado.) ¡Vergüenza de mí! ¡De un hermano casi!

ROBUSTIANA.- ¡No... vergüenza no! Este. ¡Sí! ¡No sé qué! Pero... (Como inquietándose por sus propios pensamientos.) ¡Ay! ¡Si nos vieran juntos! ¡Conversando así de estas cosas!...

ANICETO.- ¿De cuáles?

ROBUSTIANA.- ¡Nada, nada! Este. ¡Caramba! Venga a sentarse y hablaremos como dos buenos amiguitos...

ANICETO .- (Con mayor extrañeza y curiosidad.) ¿Y antes cómo hablábamos?

ROBUSTIANA.- (Impaciente.) ¡Jesús... si parezco loca! ¡No sé ni lo que digo! Quería decir... No me haga caso, ¿eh? Bueno. ¡Siéntese! ¡A ver! ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah!... ¡Ya me acuerdo! Diga... ¿Por qué venía tan triste esta mañana del campo?

ANICETO.- (Ingenuo.) ¡Pensando en todas las desgracias de padrino Zoilo!

ROBUSTIANA .- ¡Cierto! ¡Pobre tatita! ¡Me da una lástima! ¡A veces tengo miedo de que vaya a hacer alguna barbaridad! (Pausa.) Pues... ¿Y en qué otra cosa pensaba?

ANICETO.- ¡En nada!

ROBUSTIANA.- ¿En nada, en nada, en nada más? Vamos... ¿A que no me dice la verdad?

ANICETO.- Por Dios, que no...

ROBUSTIANA.- ¿Se curó tan pronto?...

ANICETO .- ¡Ay, hija! ¡No había caído!

ROBUSTIANA.- ¿Otra vez? ¡Bendición tatita!

ANICETO.- Bueno. No te trataré más así si no te agrada...

ROBUSTIANA.- Me agrada. Es que usted piensa siempre que soy una chiquilina. Pero dejemos eso. ¿No venía pensando en... alguna persona?

ANICETO.- No hablemos de difuntos. Aquello tiene una cruz encima.

ROBUSTIANA.- Yo siempre pensé que Prudencia le iba a jugar feo...

ANICETO.- No me quería y se acabó.

ROBUSTIANA.- Hizo mal, ¿verdad?

ANICETO.- Pa mí que hizo bien. Peor es casarse sin cariño.

ROBUSTIANA.- Usted sí que la quería de veras. ¡Qué lástima! (Pausa.) Yo... todavía no he tenido novio... ninguno... ninguno...

ANICETO .- ¿Te gustaría?

ROBUSTIANA.- ¡Miren qué gracia! ¡Ya lo creo! Un novio de adeveras pa que se casara conmigo y lo llevásemos a tata a vivir con nosotros. Siempre pienso en eso.

ANICETO .- ¿Al viejo solo? ¿Y las otras?

ROBUSTIANA.- ¡Ni me acordaba! Bueno; la verdad es que para lo que sirven... Bien se las podía llevar un ventarrón.

ANICETO .- (Pensativo.) Conque... pensando en novios... ¡Está bien! ¡Ta bueno!

ROBUSTIANA .- (Después de un momento.) Diga... ¿Verdad que estoy mucho más gruesa?

ANICETO.- (Sorprendido en su distracción.) ¿Qué?

ROBUSTIANA.- ¡Ave María, qué distraído... ¿No me halla más repuesta?

ANICETO.- ¡Mucho!

ROBUSTIANA.- Si no fuera por la tos, estaría ya tan alta y tan carnuda como Prudencia, ¿verdad? Sin embargo, Dios da pan al que no tiene dientes.

ANICETO.- ¡Así es!

ROBUSTIANA.- Yo en lugar de ella...

ANICETO.- (Alzándose.) En lugar de ella... ¿qué?

ROBUSTIANA .- ¡Ay, qué curioso!

ANICETO.- Diga, pues.

ROBUSTIANA.- (De pie, azorada ante el gesto insistente de ANICETO.) Pero... ¿Yo qué he dicho? No, no me haga caso. ¡Estaba distraída! ¡Ay, me voy! Soy una aturdida. Adiós, ¿eh? (Volviéndose.) ¿No se va a enojar conmigo?

ANICETO .- (Tierno.) ¡Venga, hija, escúcheme!

ROBUSTIANA.- (Vivamente.) ¡Bendición, tata!

(Mutis.)

ANICETO.- ¡Santita!

(Vase lentamente por detrás del rancho mientras sale RUDECINDA.)

Escena X

MARTINIANA, RUDECINDA, DOÑA DOLORES y PRUDENCIA.

MARTINIANA.- (Desde adentro izquierda.) ¡Ave María Purísima! (Con otro tono.) ¡Sin pecado concebida! ¡Aplátese no más, Martiniana, y pasá adelante! (Apareciendo.) ¡Jesús, qué recibimiento! ¡Ni que fuera el rey de Francia!... ¡Ay, cómo vienen todos! (Saludando.) ¡Reverencias! ¡Reverencias! ¡Quédense sentaos no más! ¡Los perdono!

RUDECINDA.- ¡Ay, comadre! ¿Cómo le va? ¡La conocí en la voz!

MARTINIANA.- Dejuramente, porque ni me había visto... Creí mesmamente que el rancho se hubiese vuelto tapera... (Aparecen sucesivamente DOÑA DOLORES y PRUDENCIA.) ¡Doña Dolores! ¡Prudencita! Estaban atariadas, ¿verdad?

PRUDENCIA.- No... Conversando no más.

RUDECINDA.- (Acercándole un banco.) Tome asiento, comadre.

MARTINIANA.- ¡Siempre cumplida! Tanto honor de una comadre.

PRUDENCIA.- ¿Y qué buenos vientos la traen?

MARTINIANA .- ¡Miren, la pizcueta! Ya sabe que son güenos vientos.

PRUDENCIA.- De aquel rumbo...

MARTINIANA.- No pueden ser malos, ¿eh? Sin embargo, ande ustedes me ven, casi se me forma remolino en el viaje.

RUDECINDA .- ¡Cuenta!

PRUDENCIA.- ¿Qué le ocurrió?

MARTINIANA.- Nada. Que venía pa ca, y al llegar al portoncito e la cuchilla, ¿con quién creerán que me topo? ¡Nada menos que con el viejo Zoilo!

PRUDENCIA.- ¡Con tata!

MARTINIANA.- «¿Ande vas, vieja... arcabucera?», me gritó. «Ande me da la rial gana...», le contesté. Y ái no más me quiso atravesar el caballo por delante. Pero yo, que no quería tener cuestiones con él por ustedes, ¿saben?, nada más, taloníe la tubiana vieja y enderecé pa ca al galope.

PRUDENCIA.- ¡Menos mal!

MARTINIANA .- ¡Verás, hijita! ¡La cuestión no acabó ái! En cuanto me vido galopiando, adivinen lo que hizo ese viejo hereje. «¿Ande te has de dir, avestruz loco?», me gritó, y empezó a revoliar las boliadoras. Sea cosa, dije yo, que lo haga, y sujeté no más. «¿Vas pa casa?» «¿Qué le importa?» Y se armó la tinguítanga. «Sí, señor; via visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan güenas y usté las tiene viviendo en la inopia, soterradas en una madriguera», y que tal y que cual. ¡Pcha!... Ahí no más se me durmió a insultos. Pero yo no me quedé tras y le dije, defendiéndolas a ustedes, como era mi obligación, tantas verdades, que el hombre se atoró. Aurita no más me pega un chirlo, pensé. ¡Pero nada!... Se quedó un rato serio rascándose la piojera, y después, dentrando en razón de juramento, me dijo: «Hacé lo que te acomode... ¡Al fin y al cabo!...» ¿Qué les parece? ¡Después habrá quien diga que ña Martiniana Rebenque no sabe hacer las cosas!

¡Ah! ¿Y sabés lo que me dijo también al principio?... Que sabía muy bien que don Juan Luis había estao en casa aquel día que yos fuiste, Prudencia, a pasar conmigo. Qué temeridad, ¿no?...

Escena XI

MARTINIANA, RUDECINDA, DOÑA DOLORES, PRUDENCIA y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA.- (Aparece demudada, sosteniéndose en el marco de la puerta, con voz muy débil.) ¿Me quieren dar un poco de agua?

RUDECINDA.- Ahí está el barril.

ROBUSTIANA .- (Tose, tapándose la boca con un pañuelo que debe estar ligeramente manchado de sangre.) ¡No... puedo!

MARTINIANA .- ¿Cómo te va, hija?... ¡Che!... ¿Qué tenés? (Acude en su ayuda.) Vengan, que a esta muchacha le da un mal...

DOÑA DOLORES.- (Alarmada.) Hija... ¿Qué te pasa?

MARTINIANA.- (Avanza sosteniéndola.) ¡Coraje, mujer! No es nada, no se aflija... Con un poco de agua...

PRUDENCIA.- (Que se ha acercado llevando el agua.) Tomá el agua. ¡Parece que echa sangre!

RUDECINDA .- ¡De las muelas será!... ¡Más manera esa zorra!

ROBUSTIANA.- (Bebe un sorbo de agua, sofocada siempre por la tos, y a poco reacciona un tanto.) No fue nada... Llévenme adentro.

DOÑA DOLORES.- ¡Virgen Santa! ¡Qué susto!

MARTINIANA .- (Conduciéndola con PRUDENCIA.) Hay que cuidar, hija, esa tos. Así... empiezan todos los tísicos... Yo siempre le decía a la finadita hija de don Basilio Fuentes... Cuidate, muchacha... Cuidate muchacha, y ella...

(Mutis.)

Escena XII

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, luego MARTINIANA y PRUDENCIA.

DOÑA DOLORES.- Esta hija todavía nos va a dar un disgusto; verás lo que te digo.

RUDECINDA.- No te preocupés. De mimosa lo hace. Pa hacer méritos con el bobeta del padre.

DOÑA DOLORES .- ¡No exagerés! ¡Enferma está!

RUDECINDA.- Bueno... pero la cosa no es pa tantos aspavientos.

MARTINIANA.- (Reapareciendo con PRUDENCIA.) ¡Ya está aliviada!

DOÑA DOLORES .- ¿Se acostó?

MARTINIANA .- Sí... Vestida no más... Sería bueno que usted fuera a verla, doña Dolores... ¡y le diera un tecito de cualquier cosa!

DOÑA DOLORES .- (Disponiéndose a ir.) Eso es... Un té de sauco, ¿será bueno?

MARTINIANA.- Sí, o si no mejor una cucharada de aceite de comer... Suaviza el caño de la respiración.

(DOÑA DOLORES mutis.)

Escena XIII

RUDECINDA, MARTINIANA y PRUDENCIA.

RUDECINDA.- Y después, comadre, ¿qué pasó?

PRUDENCIA .- Tata se fue y...

MARTINIANA.- Y nada más.

PRUDENCIA.- ¿Qué noticias nos trae?

RUDECINDA.- No tenga miedo...

MARTINIANA.- Bueno; dice don Juan Luis que no halla otro remedio, que ustedes deben apurarse y convencer a doña Dolores y mandarse mudar con ella pa la estancia vieja... El día que ustedes quieran él les manda el breque al camino y... ¡a las de juir!...

PRUDENCIA.- ¿Y Robusta? ¿Y tata?

RUDECINDA.- ¿Y Aniceto?

MARTINIANA.- Ése es zonzo de un lao... A Robusta la llevan no más, y en cuanto al viejo, ya verán cómo poniéndole el nido en la jaula, cae como misto. Ta aquerenciadazo con ustedes. Y más si le llevan a la gurisa.

RUDECINDA.- ¿Y cómo?

PRUDENCIA.- Yo tengo miedo por tata. ¡Es capaz de matar a Juan Luis!

MARTINIANA.- ¡Qué va a matar ése! Y además, no tiene razón, porque don Juan Luis no se mete en nada. Son ustedes mismas las que resuelven. ¿Por qué le van a consentir a ese hombre, después que las ha derrochado el güen pasar que tenían, que las tenga aquí encerradas y muriéndose de hambre? ¡No faltaría más! ¡Si juese pa algo malo, yo sería la primera en decirles: no lo hagan! Pero es pal bien de todos, hijas. Ustedes se van allá: primero lo convencen al viejo y después a vivir la güena vida. Vos con tu Juan Luis, que tal vez se case pronto, como me lo ha asiguro; usted, comadre, con su comisario... que me han dicho que anda en tratos de arriendo pa poblar y ayuntarse... ¿eh? Se pone contenta y todo como antes.

PRUDENCIA.- Sí, la cosa es muy linda. Pero tata, tata...

MARTINIANA.- ¡Qué tanto preocuparte del viejo! Peor sería que juyeras vos sola con tu rubio, como sucede tantas veces; demasiado honrada que sos entuavía, hijita. A otros más copetudos que el viejo Zoilo les han hecho doblar el cogote las hijas, por meterse a contrariarles los amores. Ustedes no van acometer ningún pecao, y además, si el viejo tiene tanta vergüenza de vivir como él dice de pretao, miás vergüenza debería de darle mantenerse a costillas de un pobre como el tape Aniceto, que es el dueño de todo esto.

RUDECINDA.- Claro está. Y últimamente, si él no quiere venirse con nosotras, que se quede; pa eso estaremos Dolores y yo, pal respeto de la casa... ¡qué diablos! (Resuelta.)
¡Se acabó! Voy a conversar con Dolores y verás cómo la convenzo.

(Vase.)

MARTINIANA.- ¡Así me gusta, comadre! Las mujeres han de ser de resolución.

Escena XIV

PRUDENCIA y MARTINIANA.

PRUDENCIA.- Rudecinda no sabe nada de aquello, ¿verdad?

MARTINIANA .- ¡Qué esperanza! ¿Te has creído que soy alguna...? ¡No faltaba más!

PRUDENCIA.- No sé por qué me parece que anda desconfiada.

MARTINIANA.- No hagas caso. Hací de cuenta que todo ha pasao entre vos y él.
Además, pa decir la verdá, yo no vide nada... Taba en la cachimba lavando.

PRUDENCIA .- ¡Pschss!

Escena XV

PRUDENCIA, MARTINIANA y DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Saliendo.) ¿Ande está Robustiana?

PRUDENCIA.- Acostada.

(DON ZOILO vase.)

MARTINIANA.- Mire, don Zoilo. Tiene que cuidar mucho a esa gurisa; no la hallo bien. No me gusta ningún poquito esa tos.

Escena XVI

PRUDENCIA, MARTINIANA y RUDECINDA.

RUDECINDA.- (Aparece.) No pude hablar con Dolores; pero es lo mismo. ¿Pa cuándo podrá ser, comadre?

MARTINIANA.- Cualquier día. No tiene más que avisarme. Ya saben que pa obra güena siempre estoy lista.

RUDECINDA .- Bueno; pasao mañana. ¿Te parece, Prudencia? ¡O mejor, mañana no más!

Escena XVII

PRUDENCIA, MARTINIANA, RUDECINDA, ANICETO y el SARGENTO MARTÍN.

ANICETO .- (Saliendo con el SARGENTO MARTÍN.) ¡Pase adelante!

EL SARGENTO MARTÍN.- Güen día. (A RUDECINDA.) ¿Cómo le va, doña? (A PRUDENCIA.) ¿Qué tal moza? ¿Qué hace, ña Martiniana?

PRUDENCIA .- ¿Cómo está, sargento? ¿Y el comisario?

EL SARGENTO MARTÍN.- Güeno. Les manda muchos recuerdos y esta cartita pa usted.

RUDECINDA.- Está bien, gracias.

MARTINIANA.- ¿Anda de recorrida o viene derecho?

EL SARGENTO MARTÍN.- Derecho... Vengo en comisión. (Volviéndose a ANICETO.) ¡Ah!... Y con usted tampoco anda muy bien el comisario. Dice que a ver por qué no jue a la reunión de los otros días; que si ya se ha olvidao que hay elecciones, y superior gobierno, y partidos.

ANICETO .- Digalé que no voy ande no me convidan.

EL SARGENTO MARTÍN.- ¡No se retobe, amigazo! ¡La política anda alborotada y no es güeno estar mal con el superior! ¿Y don Zoilo? (A RUDECINDA.) Me dijo el capitán que no se juesen a asustar las mozas, que no es pa nada malo. Estará un rato en la oficina. Cuando hablen con él, lo largan.

Escena XVIII

PRUDENCIA, MARTINIANA, RUDECINDA, ANICETO, el SARGENTO MARTÍN y DON ZOILO.

DON ZOILO .- (Saliendo.) ¿Qué andás queriendo vos por acá?

EL SARGENTO MARTÍN.- Güen día, viejo. Aquí andamos. Este... vengo a citar lo.

DON ZOILO.- ¿A mí?

EL SARGENTO MARTÍN.- Es verdá.

DON ZOILO.- ¿Pa qué?

EL SARGENTO MARTÍN.- Vaya a saber uno... Lo mandan y va.

DON ZOILO.- ¿Y no tienen otra cosa que hacer que molestar vecinos?

EL SARGENTO MARTÍN.- Así será.

(BATARÁ se asoma, escucha un momento la conversación y se va.)

DON ZOILO.- Ta güeno. Pues... Decile a Butiérrez que si por casualidad tiene algo que decirme, mande o venga. ¿Me has oído?

EL SARGENTO MARTÍN.- Es que vengo en comisión.

DON ZOILO.- ¡A mí qué me importa!

EL SARGENTO MARTÍN.- Con orden de llevarlo.

DON ZOILO .- ¿A mí? ¿A mí?

EL SARGENTO.- Eso es.

DON ZOILO.- ¿Pero han oído ustedes?

EL SARGENTO MARTÍN.- (Paternal.) No ha de ser por nada. Cuestión de un rato. Venga no más. Si se resiste, va a ser pior.

MARTINIANA.- Claro que sí; deve ir no más a las güenas. ¿Qué saca con resistir a la autoridad?

DON ZOILO.- ¡Callá esa lengua vos! Vamos a ver un poco; ¿no estás equivocado? ¿Vos sabés quién soy yo? ¡Don Zoilo Carabajal, el vecino don Zoilo Carabajal!

EL SARGENTO.- Sí, señor. Pero eso era antes, y perdone. Aura es el viejo Zoilo, como dicen todos.

DON ZOILO .- ¡El viejo Zoilo!

EL SARGENTO MARTÍN.- Sí, amigo; cuando uno se güelve pobre, hasta el apelativo le borran.

DON ZOILO.- ¡El viejo Zoilo! Con razón esa mulita de Butiérrez se permite nada menos que mandarme a buscar preso. En cambio, él tiene aura hasta apellido... Cuando yo le conocí no era más que Anastasio, el hijo de la parda Benita. ¡Trompetas! (A voces.) ¡Trompetas! ¡Trompetas, canejo!

ANICETO.- No se altere, padrino. A cada chancho le llega su turno.

DON ZOILO .- ¡No m'he de alterar, hijo! ¡Tiene razón el sargento! ¡El viejo Zoilo y gracias! ¡Pa todo el mundo! Y los mejores a gatas si me tienen lástima. ¡Trompetas! Y si yo tuviera la culpa, menos mal. Si hubiese derrochao; si hubiese jugao; si hubiese sido un mal hombre en la vida; si le hubiese hecho daño a algún cristiano, pase; lo tendría merecido. Pero jui bueno y servicial; nunca cometí una mala acción, nunca... ¡canejo!, y aura, porque me veo en la mala, la gente me agarra pal manoseo, como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata.

EL SARGENTO MARTÍN.- Eso es. Eso es.

RUDECINDA.- ¡Ave María! ¡No exagerés!

DON ZOILO.- ¡Que no exagere! ¡Si al menos ustedes me respetaran! Pero ni eso, canejo. Ni los míos me guardan consideración. Soy más viejo Zoilo pa ustedes, que pal más ingrato de los ajenos... ¡Vida miserable! Y yo tengo la culpa. ¡Yo!... ¡Yo! ¡Yo! Por ser demasiado pacífico. Por no haber dejao un tendal de bellacos. ¡Yo... tuve la culpa! (Después de una pausa.) ¡Y dicen que hay Dios!...

(Pausa prolongada; las mujeres, silenciosas, vanse por foro. DON ZOILO se pasea.)

Escena XIX

DON ZOILO, ANICETO, el SARGENTO MARTÍN y luego BATARÁ.

DON ZOILO.- Está bien, sargento. Lléveme no más. ¿Tiene orden de atarme? Proceda no más.

EL SARGENTO MARTÍN.- ¡Qué esperanza! Y aunque tuviese. Yo no ato cristiano manso.

DON ZOILO.- ¿No sabe qué hay contra mí?

EL SARGENTO MARTÍN.- Decían que una denuncia de un vecino.

DON ZOILO.- ¡También eso! ¡Quién sabe si no me acusan de carniar ajeno! Lo único que me faltaba...

BATARÁ .- (Que se ha aproximado por detrás del rancho a ANICETO.) Si quieren resistir, le escondo la carabina al milico.

ANICETO.- ¡Salí de acá!

DON ZOILO.- (Al SARGENTO MARTÍN.) Cuando guste... Tengo el caballo ensillao. (A ANICETO.) Hasta la güelta, hijo. Si tardo, cuidame mucho a la gurisa... que la pobrecita no está nada bien.

ANICETO.- Vaya tranquilo.

DON ZOILO.- Güeno. Marcharé adelante como preso acostumbrao.

EL SARGENTO MARTÍN.- (A ANICETO.) ¡Salú, mozo!

(Mutis. BATARÁ le sigue azorado.)

Escena XX

ROBUSTIANA y ANICETO.

ROBUSTIANA.- (Saliendo.) Aniceto... ¿Y tata?

ANICETO.- Ahí lo llevan.

ROBUSTIANA .- Preso, ¿verdad?

ANICETO.- Preso.

ROBUSTIANA .- (Echándose a correr.) ¡Ay, tatita!

ANICETO .- (Deteniéndola.) ¡No, no vaya! Se afligiría mucho...

ROBUSTIANA .- ¡Tata no ha dao motivo! ¡Lo llevan pa hacerle alguna maldad! Déjeme ir. ¡Yo quiero verlo! ¡Yo quiero verlo! Capaces de matarlo. ¡Largueme!

ANICETO .- Venga acá. No se aflija. Es pa una declaración.

ROBUSTIANA.- ¡No, no, no, no! ¡Usted me engaña! ¡Ay, tatita querido! (Llora desconsolada.)

ANICETO.- Calmesé... no sea mala.

ROBUSTIANA.- ¡Aniceto! ¡Aniceto! El corazón me anuncia desgracia; ¡dejeme ir!

ANICETO .- ¿Qué sacaría con afligir más a su tata? Es una injusticia que lo prendan sin motivo. ¡Pero qué le hemos de hacer! Calmesé y esperemos. Antes de la noche lo tendremos de vuelta.

ROBUSTIANA .- ¿Pero y mama? ¿Y Prudencia? ¿Y la otra? ¿Qué han hecho por tata?

ANICETO .- ¡Nada, hija! Ahí andan con el rabo caído, con vergüenza de juramento.

ROBUSTIANA.- ¡Qué idea! ¡Tal vez ellas no más!... Serían capaces las infames.
(Enérgica.) ¡Oh!... Yo lo he de saber.

ANICETO.- ¡Quedesé quieta; no se meta con esas brujas que es pa pior!

ROBUSTIANA .- Sí; son ellas, son ellas pa quedar más libres. ¡Ay, Dios Santo! ¡Qué infames!

ANICETO.- No sería difícil. Pero calmesé. Tal vez todo eso sea pa mejor. No hay mal que dure cien años... Estese tranquilita y tenga paciencia.

ROBUSTIANA.- ¡Ah! Usted es muy bueno. El único que lo quiere.

ANICETO.- ¡Bien que se lo merece! Amalaya me saliera bien una idea y verán cómo pronto cambiaban las cosas.

ROBUSTIANA.- ¿Qué idea? Cuéntemela.

ANICETO.- Después; más tarde.

ROBUSTIANA.- ¡No! ¡Ahora! Dígamela pa consolarme.

ANICETO.- Bueno; si me promete ser juiciosa... ¿Se acuerda lo que hace un rato me decía hablando de novios?

ROBUSTIANA.- Sí.

ANICETO .- Pues ya le tengo uno.

ROBUSTIANA.- (Sorprendida.) ¿Cómo yo quería?

ANICETO.- Igualito... De modo que si a usted le gusta... un día nos casamos.

ROBUSTIANA.- ¡Ay, Jesús!

ANICETO.- ¿Qué es eso, hija? ¿Le hice mal? Si hubiera sabido...

ROBUSTIANA.- No... un mareo. ¿Pero lo dice de veras? (Asentimiento.) ¿De veras? ¿De veras? (Id.) ¡Ay!... Aniceto... Me dan ganas de llorar... de llorar mucho. Mi Dios, ¡qué alegría!

(Llora estrechándose a ANICETO que la acaricia enternecido.)

ANICETO.- ¡Pobrecita!

ROBUSTIANA.- ¡Qué dicha! ¡Qué dicha! ¿Ve? Ahora me río... De modo... que usted me quiere... ¿Y... usted cree que yo me voy a curar y a poner buena moza... y nos casamos? ¿Y viviremos con tata los tres, los tres solitos? ¿Sí? Entonces no lloro más.

ANICETO.- ¿Aceta?

ROBUSTIANA .- ¡Dios! ¡Si me parece un sueño! Vivir tranquilos sin nadie que moleste, queriéndose mucho; el pobre tata, feliz, allá lejos... en una casita blanca... Yo sana... sana... ¡En una casita blanca!

(Radiante, va dejando resbalar la cabeza sobre el pecho de ANICETO.)

Acto III

En el rancho. Igual decoración que el acto segundo, más una cama de fierro bajo el alero, junto a la puerta. Es de día.

Escena I

DON ZOILO, RUDECINDA y DOÑA DOLORES.

(Aparece en escena DON ZOILO encerando un lazo y silbando despacito. Al concluir, lo cuelga del alero. Luego de un pequeño momento, hace mutis por el foro, a tiempo que salen del rancho RUDECINDA y DOÑA DOLORES.)

RUDECINDA .- ¡Ahí se va solo! ¡Andá a hablarle! Le decís las cosas claramente y con firmeza. Verás cómo dice que sí; está muy quebrao ya... ¡Peor sería que nos fuésemos, dejándolo solo en el estao en que se halla!

DOÑA DOLORES .- Es que no me animo; me da no sé qué. ¿Por qué no le hablás vos?

RUDECINDA .- Bien sabés que conmigo, ni palabra.

DOÑA DOLORES.- ¿Y Prudencia?

RUDECINDA.- ¡Peor todavía! Animate, mujer. Después de todo no te va a castigar. Y como mujer déj que sos, tenés derecho a darle un consejo sobre cosas que son pal bien de todos.

DOÑA DOLORES.- No. De veras. No puedo. Siento vergüenza, miedo, qué sé yo.

RUDECINDA .- ¡Jesús!... ¿Te entra el arrepentimiento y la vergüenza después que todo está hecho? Además, no se trata de un delito.

DOÑA DOLORES.- No me convencés... Prefiero que nos vayamos callas no más... Como pensamos irnos la otra vez.

RUDECINDA .- Se ofenderá más y no quedará saber después de nada...

DOÑA DOLORES .- ¿Y don Juan Luis no le iba a escribir?...

RUDECINDA .- Le escribió, pero el viejo rompió la carta sin leerla. Resolvete, pues.

DOÑA DOLORES.- No... no... y no.

RUDECINDA .- ¡Bueno! Se hará como vos decís. Pero después no me echés la culpa si el viejo se empaca. ¡Mirá! Ahí llega Martiniana con el breque. Si te hubieses decidido, ya estaríamos prontas. ¡Pase, pase, comadre!

Escena II

RUDECINDA, DOÑA DOLORES y MARTINIANA.

MARTINIANA.- (Saliendo.) ¡Buen día les dé Dios!

RUDECINDA.- ¿Qué es ese lujo, comadre? ¡En coche!

MARTINIANA .- Ya me ve. ¡Qué corte! Pasaba el breque vacío cerca de casa, domando esa yunta, y le pedí al pión que me trujiese. (Bajo.) Allá lo vide al viejo a pie, por entre los yuyos. ¿Le hablaron?

RUDECINDA .- ¡Qué! ¡Esa pavota no se anima! Nos vamos calladas.

MARTINIANA .- Como ustedes quieran. Pero yo, en el caso de ustedes, le hubiese dicho claro las cosas. El viejo, que ya está bastante desconfiao, puede creer que se trata de cosas malas. Cuando íbamos a juir la otra vez, era distinto. Entonces vivía entuavía la finadita Robustiana, Dios la perdone, y era más fácil de convencer.

RUDECINDA.- Ya lo estás oyendo, Dolores.

DOÑA DOLORES .- Tendrán ustedes razón... Pero yo no me atrevo a decirle nada...

RUDECINDA.- Entonces nos quedamos... a seguir viviendo una vida arrastrada, como los sapos, en la humedad de este rancho, ¡sin tener qué comer casi, ni qué ponernos, ni relaciones, ni nada!

DOÑA DOLORES.- No sé por qué... pero me parece que me anuncia el corazón que eso sería lo mejor. Al fin y al cabo no lo pasamos tan mal... Y tenga los defectos que tenga, mi marido no es un mal hombre.

RUDECINDA .- Pero bien sabés que es un maniático. Por necesidad, sería la primera en aceptar la miseria... Pero lo hace de gusto, de caprichoso... Don Juan Luis le ofrece trabajo; nos deja seguir viviendo en la estancia como si fuera nuestra. ¿Por qué no quiere? Si no le gustaba que Juan Luis tuviese amores con Prudencia y que Butiérrez me visitase, y que nos divirtiésemos de cuando en cuando... con decirlo, santas pascuas...

MARTINIANA .- Claro está... Yo, comadre...

RUDECINDA.- Todo fue por hacerle gusto a ese ladiao de Aniceto, que andaba celoso de Prudencia, y por los chismes de la gurisa... Por eso no más. Ahora que se acabó el asunto, no veo por qué ha de seguir porfiando.

DOÑA DOLORES.- Bien; no hablemos más, ¡por favor!... ¡Hagan de mí lo que quieran! Pero no me animo, no me animo a hablarle.

(Se va.)

Escena III

RUDECINDA y MARTINIANA.

MARTINIANA .- Últimamente, ni le hablen... Yo decía por decir... Mire, comadre...
Vámonos no más. La cosa sería hacerlo retirar hoy de las casas. Vamos a pensar. Si me
hubieran avisao temprano, yo le hablo a Butiérrez pa que lo cite como la vez pasada.
¡Estuvo güeno aquello! ¡Lástima que la enfermedá de la gurisa no nos dejó juir! ¡Qué cosa!
Si no fuese que se murió la pobrecita, pensaría que lo hizo de gusto. Dios me perdone.

RUDECINDA.- Bueno; ¿y cómo haríamos, comadre?

MARTINIANA .- No se aflija. Ta tratando con una mujer de recursos... ¡Peresé! ¡Peresé!...
¡Vea, ya sé!... Pucha, si lo que invento yo, ni al diablo se le ocurre. Vaya no más tranquila,
comadre, a arreglar sus cositas...

RUDECINDA.- ¿Contamos con usted, entonces?

MARTINIANA.- ¡Phss! Ni qué hablar.

(RUDECINDA mutis.)

Escena IV

MARTINIANA y PRUDENCIA.

MARTINIANA .- Güeno. Pitaremos, como dijo un gringo... (Lía un cigarrillo y lo enciende.)

PRUDENCIA.- (Saliendo.) ¿Qué tal, Martiniana?

MARTINIANA .- Aquí andamos, hija... Ya te habrás despedido de toda esta miseria. Mire que se precisa ancheta pa tenerlas tanto tiempo soterradas en semejante madriguera. Fijate, che... ¡La mansión con que te pensaba osequiar ese abombao de Aniceto!... ¿Pensaría que una muchacha decente y educada y acostumbrada a la comodidad, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Qué abombao! Mejor han hecho su casa aquellos horneritos, en el mojinete... ¡Qué embromar! ¡Che... che!... ¡La cama de la finadita!...¿Sabés que me dan ganas de pedirla pa mi Nicasia? La misma que lo hago... Dicen que ese mal se pega... pero con echarle agua hirviendo y dejarla al sol... Ta en muy güen uso y es de las juertes. ¡Ya te armaste, Martiniana!... ¡Pobre gurisa!... ¡Quién iba a creer! Y ya hace... ¿cuánto, che? ¡Como veinte días! ¡Dios la tenga en güen sitio a la infeliz! ¡Cómo pasa el tiempo! Che, ¿y era cierto que se casaba pronto con Aniceto?

PRUDENCIA.- Ya lo creo. Aniceto no la quería; ¡qué iba a querer! ¡Pero por adular a tata!...

MARTINIANA.- Enfermedad bruta, ¿eh? ¿Qué duró? Ocho días o nueve y se fue en sangre por la boca. (Suspirando.) ¡Ay, pobrecita! ¿Y el viejo sigue callao no más?

PRUDENCIA.- Ni una palabra. Desde que Robustiana se puso mal, hasta ahora no le hemos oído decir esta boca es mía... Conversa con Aniceto, y eso lejos de la casa... y después se pasa el día dando vueltas y silbando despacito.

MARTINIANA .- Ha quedao maniático con el golpe. La quería con locura.

Escena V

MARTINIANA, PRUDENCIA, ANICETO y DON ZOILO.

(ANICETO cruza la escena con algunas herramientas en la mano y va a depositarlas bajo el alero.)

DON ZOILO.- (Que entra un instante después, silbando en la forma indicada, a ANICETO.) ¿Acabó?

ANICETO.- Sí, señor...

DON ZOILO .- ¿Quedó juerte la cruz?

ANICETO.- Sí, señor... Y alrededor de la verja le planté unas enredaderitas. Va a quedar muy lindo.

DON ZOILO.- Gracias, hijo. (Recomenzando el motivo, tantea el lazo que dejó antes y regresa hacia el barril de agua bebiendo algunos sorbos.)

MARTINIANA.- Güen día, don Zoilo... Yo venía en el breque a pedirle que las dejara a Dolores y a las muchachas ir a pasar la tarde a casa.

DON ZOILO .- ¿Qué?

MARTINIANA .- Ir a casa. Las pobres están tan tristes y solas, que me dio pena...

DON ZOILO .- ¿Cómo no? (Para sí.) Es mucho mejor.

(Mutis.)

MARTINIANA.- Muchas gracias, don Zoilo. Ya sabía... (Volviéndose.) Che, Pruda, corré y avisales que está arreglao; que vengan no más cuando quieran.

(PRUDENCIA vase.)

Escena VI

ANICETO y MARTINIANA.

ANICETO.- ¡Ep! ¡Vieja! En seguidita, pero en seguidita, ¿me oye?, sube en ese breque y se me manda mudar.

MARTINIANA.- Pero...

ANICETO.- No alcés la voz... (Enseñándole el talero.) ¿Ves esto? ¡Güeno!... ¡Sin chistar!

MARTINIANA.- Yo...

ANICETO .- ¡Volando he dicho! ¡Ya!...

(MARTINIANA se va encogida, bajo la amenaza del talerazo con que la amaga durante un trecho ANICETO.)

Escena VII

ANICETO y RUDECINDA.

ANICETO.- (Volviéndose.) ¡Son lo último de lo pior! ¡Ovejas locas!

RUDECINDA.- (Saliendo.) ¿Y mi comadre?

ANICETO .- Se jue.

RUDECINDA .- ¿Cómo? ¡No puede ser!

ANICETO.- Yo la espanté.

RUDECINDA.- (Queriendo llamarla.) Marti...

ANICETO .- (Violento, a la vez.) ¡Cállese! ¡Llame a doña Dolores!

RUDECINDA.- (Sorprendida.) ¿Pero qué hay?

ANICETO.- Llamelá y sabrá.

(RUDECINDA, asomándose a la puerta del rancho, hace señas.)

Escena VIII

ANICETO, RUDECINDA y DOÑA DOLORES.

DOÑA DOLORES.- (Apareciendo.) ¿Qué pasa?

RUDECINDA .- No sé... Aniceto...

DOÑA DOLORES.- ¿Qué querés, hijo?

ANICETO.- Digan... ¿No tienen alma ustedes? ¿Qué herejía andan por hacer?

DOÑA DOLORES.- (Confundida.) ¿Nosotras?

ANICETO .- Las mismas... ¿No les da ni un poco de lástima ese pobre hombre viejo?
¿Quieren acabar de matarlo?

RUDECINDA .- Che... ¿con qué derecho te metés en nuestras cosas? ¿Te dejó enseñada la lección Robustiana?

ANICETO.- Con el derecho que tiene todo hombre bueno de evitar una mala acción... Ustedes se quieren dir pa la estancia vieja... escaparse y abandonarlo cuando más carece de consuelos y de cuidados el infeliz. ¡Qué les precisa darle ese disgusto que lo mataría! Vea, doña Dolores. Usted es una mujer de respeto y no del todo mala. Por favor. Impóngase de una vez... Mande en su casa, resígnese a todo y trate de que padrino Zoilo vuelva a encontrar en la familia el amor y el respeto que le han quitao...

DOÑA DOLORES.- Yo... yo... yo no sé nada, hijo.

RUDECINDA .- Dolores hará lo que mejor le cuadre, ¿has oído? Y no precisa consejos de entrometidos.

ANICETO .- Callesé. ¡Usted es la pior! La que les tiene regüeltos los sesos a esas dos desgraciadas. Ya tiene edá bastante pa aprender un poco e juicio...

RUDECINDA .- ¡Jesús María! ¡Y después quedrán que una no se queje! ¡Si hasta este mulato guacho se permite manosiarla! ¿Qué te has creído, trompeta?

ANICETO.- Haga el favor. ¡No grite! ¡Podría oír!

RUDECINDA.- Bueno. ¡Que oiga! Si lo tiene que saber después, que lo sepa ahora... Sí, señor... Nos vamos pa la estancia, a lo nuestro... Queremos vivir con la comodidad que Zoilo nos quitó por un puro capricho... ¡A eso!... Y si a él no le gusta, que se muerda. ¡No vamos a estar aquí tres mujeres (DON ZOILO aparece por detrás del rancho.) dispuestas a sacrificarnos toda la vida por el antojo de un viejo maniático!

ANICETO .- (A DOÑA DOLORES.) ¿Usté qué dice, señora?

DOÑA DOLORES .- ¡Ay! ¡No sé! ¡Estoy tan afligida!

ANICETO .- Bueno. Si usté no dice nada, yo... yo no voy a permitir que cometan esa picardía.

RUDECINDA.- ¿Vas a orejearle... como es tu costumbre? ¡Si no les tenemos miedo... a ninguno de los dos! Andá, contale, decile que...

ANICETO .- ¡Ah! Conque ni esa vergüenza les queda... ¡Arrastradas!... Conque se empeñan en matarlo de pena. Pues güeno, lo mataremos entre todos; pero les via sobar el lomo de una paliza primero, y todavía será poco. ¡Desorejadas! ¡Pa lo que merecen! ¡Desvergonzadas! ¿Qué se han pensao?... ¿Se creen que soy ciego?... ¿Se creen que no sé que la mataron a disgustos a la pobre chiquilina? ¿Se pensaron que no sé que entre la vieja Martiniana y usté (A RUDECINDA.) que es otra... bandida, como ella, han hecho que a esa infeliz de Prudencia la perdiera don Juan Luis.

RUDECINDA.- ¡Miente!

DOÑA DOLORES.- Virgen de los Desamparados, ¿qué estoy oyendo?

ANICETO.- La verdá. Usté es una pobre diablo y no ha visto nada. Por eso el empeño de irse. Pa hacer las cosas más a gusto... ¡Ésta con su Butiérrez y la otra con su estanciero!... y como si juese todavía poca infamia, pa tener un hombre honrao y güeno de pantalla de tanta inmundicia. (Pausa. DOÑA DOLORES llora.) Y ahora, si quieren ustedes, pueden dirse, pueden dirse... pueden dirse... pero se van a tener que dir pasando bajo el mango de este rebenque.

RUDECINDA.- (Reaccionando enérgica.) ¡Eh! ¿Quién sos vos? ¡Guacho!

ANICETO.- ¿Yo?... (Levanta el talero.)

Escena IX

ANICETO, DOÑA DOLORES, RUDECINDA y DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Saliendo, imponente.) ¡Aniceto! (Estupefacción.) Usté no tiene ningún derecho.

ANICETO .- Perdone, señor.

RUDECINDA.- Es mentira, Zoilo.

DON ZOILO .- (A ANICETO.) Vaya, hijo... Haga dar güelta ese breque que se va...

ANICETO.- Ta bien...

(Mutis.)

Escena X

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y DON ZOILO.

(DON ZOILO se aproxima silbando al barril, bebe unos sorbos de agua, que paladea con fruición nerviosa, y se vuelve silbando.)

RUDECINDA.- ¿Has visto a ese atrevido insolente? ¡Pura mentira!

DON ZOILO.- (Se sienta.) Sí, eso.

RUDECINDA.- (Recobrando confianza.) Debe estar aburrido de tenernos ya.

DOÑA DOLORES.- ¡Zoilo! Zoilo! ¡Perdoname!

DON ZOILO .- (Como dejando caer lentamente las palabras.) ¿Yo? Ustedes son las que deben perdonarme. La culpa es mía. No he sabido tratarlas como se merecían. Con vos fui malo siempre... No te quise. No pude portarme bien en tantos años de vida juntos. No te enseñé tampoco a ser güena, honrada y hacendosa. ¡Y güena madre, sobre todo!

DOÑA DOLORES.- ¡Zoilo! ¡Por favor!

DON ZOILO .- Con vos también, hermana, me porté mal. Nunca te di un güen consejo, empeñao en hacerte desgraciada. Después te derroché tu parte de la herencia, como un perdulario cualquiera. (Pausa.) Mis pobres hijas también fueron víctimas de mis malos ejemplos. Siempre me opuse a la felicidad de Prudencia. Y en cuanto (Con voz apagada por la emoción), y en cuanto a la otra... a la otra... a aquel angelito del cielo, la maté yo, la maté yo a disgustos. (Oculta la cabeza en la falda del poncho con un hondo sollozo. RUDECINDA se deja caer en un banco, abrumada. Pausa prolongada. DON ZOILO, rehaciéndose, de pie.) Güeno, vayan aprontando no más las cosas pa dirse. Va a llegar el breque.

DOÑA DOLORES .- (Echándose al cuello.) ¡No... no, Zoilo! ¡No nos vamos! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Ahora lo comprendo! Hemos sido unas perversas... unas malas mujeres... Pero perdonanos...

DON ZOILO.- (Apartándola con firmeza.) ¡Salga!... ¡Dejemé!... Vaya a hacer lo que le he dicho...

DOÑA DOLORES.- ¡Por María Santísima! Te lo pido de rodillas... ¡Perdón... perdoncito!... Te prometemos cambiar pa siempre.

DON ZOILO.- ¡No!... ¡No!... ¡Levántese!

DOÑA DOLORES.- Te juro que via ser una buena esposa... Una buena madre. Una santa. Que volveremos a la buena vida de antes, que todo el tiempo va a ser poco pa quererte y pa cuidarte. ¡Decí que nos perdonas, decí que sí! (Abrazada a sus piernas.)

DON ZOILO.- Salí. ¡Dejame! (La aparta con violencia. DOÑA DOLORES queda de rodillas, llorando, sobre los brazos que apoya en el suelo.) Y usted, hermana. Vamos, arriba... ¡Arriba, pues! (RUDECINDA hace un gesto negativo.) ¡Oh!... ¿Aura no les gusta? Vamos a ver... (Se dirige a la puerta del rancho y al llegar se encuentra con PRUDENCIA.) ¡Hija! ¡Usted faltaba! Venga... ¡Abraze a su padre! ¡Así!

Escena XI

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, DON ZOILO y PRUDENCIA.

PRUDENCIA .- ¿Pero, pero qué pasa?

DON ZOILO.- Nada, no se asuste. Quiero hacerla feliz. La mando con su hombre, con su...

(Entra en el rancho.)

Escena XII

DOÑA DOLORES, RUDECINDA y PRUDENCIA.

PRUDENCIA.- ¡Virgen Santa! ¿Qué ocurre? (Afligida.) ¡Mama! Mamita querida... Levántese. Venga. (Se levanta.) ¿Le pegó? ¡Fue capaz de pegarle!

DOÑA DOLORES.- Hija desgraciada. (La abraza.)

PRUDENCIA .- (Conduciéndola a un banco.) ¿Pero qué será esto, Dios mío? (A RUDECINDA.) ¡Vos, contame! ¿Tata fue? (RUDECINDA no responde.) ¡Ay, qué desgracia! (Viendo a DON ZOILO.) ¡Tata, tata! ¿Qué es esto?

Escena XIII

DOÑA DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA y DON ZOILO.

DON ZOILO .- (Sale del rancho tirando algunos atados de ropa.) Que se van... a la estancia vieja... ¡que fue del viejo Zoilo!... ¿No tenían todo pronto pa juir? ¡Pues aura yo les doy permiso pa ser dichosas! (A las tres.) Güeno. Ahí tienen sus ropas... ¡Adiosito! Que sean muy felices.

DOÑA DOLORES.- ¡Zoilo, no!

DON ZOILO .- ¡Está el breque! Que cuando vuelva no las encuentre aquí.

(Se va detrás del rancho lentamente.)

Escena XIV

DOÑA DOLORES, PRUDENCIA, RUDECINDA, MARTINIANA y luego ANICETO.

MARTINIANA.- (Saliendo.) ¡Bien decía yo que no eran más que cosas de ese ladio de Aniceto! ¿Qué? ¿Y esto qué es? ¡Una por un lao... otra por otro... el tendal!... ¡Hum! Me parece que ño rebenque ha dao junción... ¡Eh! ¡Hablen, mujeres! ¿Jue muy juerte la tunda? ¡No hagan caso! Los chirlos suelen hacer bien pa la sangre... Y después, ¡qué dimontes! ¡No se puede dir a pescar sin tener un contratiempo! ¡Quién hubiera creído que ese viejo sotreta le iba a dar a la vejez por castigar mujeres!... Pero digan algo, cristianas. ¿Se han tragao la lengua?

RUDECINDA.- (Levantándose.) Callesé, comadre.

(Sale ANICETO, y durante toda la escena se mantiene a distancia cruzado de brazos.)

MARTINIANA.- ¡Vaya, gracias a Dios que golvió una en sí! A mí me jue a llamar Aniceto... ¿Qué hay? ¿Nos vamos o nos quedamos?

RUDECINDA.- Sí. Nos vamos... ¡Echadas! ¡Ese guacho de Aniceto la echó a perder! ¡Dolores! ¡Eh! ¡Dolores! ¡Ya basta, mujer!... Tenemos que pensar en irnos... Ya oíste lo que dijo Zoilo.

DOÑA DOLORES.- No. Yo me quedo. Vayan ustedes no más.

RUDECINDA .- ¡Qué has de quedar! ¿Sos sorda entonces? Vos, Prudencia... ¿estás vestida? Bueno andando. (A DOÑA DOLORES.) ¡Vamos, levántate, que las cosas no están pa desmayos! ¡Vaya cargando esos bultos, comadre!

MARTINIANA .- Al fin hacen las cosas como Dios manda... (Recoge los atados.)

RUDECINDA.- ¡Movete, pues, Dolores!

DOÑA DOLORES .- ¡No? Quiero verlo, hablar con él primero; esto no puede ser.

RUDECINDA .- Como pa historias está el otro.

MARTINIANA .- Obedezca, doña... con la conciencia a estas horas no se hace nada. Dicen, aunque sea mala comparación, que cuando una vieja se arrepiente, tata Dios se pone triste. Aura que me acuerdo. ¿No me querría dar o vender esta cama de la finadita? Le vendría bien a Nicasia, que tiene que dormir en un catre de guasquillas. Si cabiera en el pescante, la misma que la cargaba. ¡Linda! Es de las que duran...

RUDECINDA.- ¡Sí, mujer! Mañana mismo la mandamos buscar. Verás cómo se le pasa. ¡Qué va a ser sin nosotras!

MARTINIANA.- (A PRUDENCIA.) Comedite, pues, y ayudame a cargar el equipaje. Es mucho peso pa una mujer vieja. Andá con eso no más. En marcha, como dijo el finao Artigas... (Antes de hacer mutis.) ¡Hasta verte, rancho pobre!

(ANICETO las sigue un trecho y se detiene pensativo observándolas.)

Escena XV

ANICETO y DON ZOILO.

(DON ZOILO aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a ANICETO.)

DON ZOILO.- ¡Hijo!

ANICETO.- (Sorprendido.) ¡Eh!

DON ZOILO .- Vaya, acompáñelas un poco... y después repunte las ovejitas pa carniar... ¿eh? ¡Vaya!

ANICETO.- (Observándolo fijamente.) ¿Pa carniar?... Bueno... Este... ¿Me empriesta el cuchillo? El mío he perdido...

DON ZOILO .- ¿Y cómo? ¿No lo tenés ahí?

ANICETO.- Es que... vea... le diré la verdad. Tengo miedo de que haga una locura...

DON ZOILO .- ¡Y de ahí!... Si la hiciera... ¿no tendría razón acaso?... ¿Quién me lo iba a impedir?

ANICETO.- ¡Todos! ¡Yo!... ¿Cree acaso que esa chamuchina de gente merece que un hombre güeno se mate por ella?

DON ZOILO.- Yo no me mato por ellos, me mato por mí mismo.

ANICETO.- ¡No, padrino! ¡Calmesé! ¿Qué consigue con desesperarse?

DON ZOILO .- (Alzándose.) Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio: «No llore, amigo; la cosa no tiene remedio.» ¡No hay que llorar, canejo!... ¡Si quiere tanto a ese hijo, o ese pariente! Todos somos güenos pa consolar y pa dar consejos. Ninguno pa hacer lo que Dios manda. Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, güeno, honrao, trabajador, servicial, lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra... ¡canejo!... que es su reliquia; lo agarran, le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido... y cuando ese desgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimientos resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo. « ¡No se mate, que la vida es güena!» ¿Güena pa qué?

ANICETO .- Yo, padrino...

DON ZOILO.- No lo digo por vos, hijo... Y bien, ya está... No me maté... ¡Toy vivo! Y aura, ¿qué me dan? ¿Me degüelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? (Exclamación.) ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!...

ANICETO.- ¡Así es no más!

DON ZOILO.- (Palmeándole afectuoso.) Entonces, hijo... vaya a repuntar la majadita... como le había encargao. ¡Vaya!... ¡Déjeme tranquilo! No lo hago. Camine a repuntar la majadita.

ANICETO .- Así me gusta. ¡Viva... viva!

DON ZOILO.- ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir!... Por lo demás, ¡algún día tiene que ser!

ANICETO .- ¡Oh!... ¡Qué injusticia!

DON ZOILO.- ¿Injusticia? ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo! ¡Vaya! No va a pasar nada... le prometo... Tome el cuchillo... vaya a repuntar la majadita...

(ANICETO mutis.)

Escena XVI

DON ZOILO.

DON ZOILO.- (Lo sigue con la mirada un instante, y volviéndose al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez; luego va en dirección al alero y toma el lazo que había colgado y lo estira; prueba si está bien flexible y lo arma, silbando siempre el aire indicado. Colocándose después debajo del palo del mojinete trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero. Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido.) Las cosas de Dios... ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro!

(Reanuda su tarea de amarrar el lazo, hasta que consigue su propósito. Se dispone a ahorcarse. Cuando está seguro de la resistencia de la soga, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

